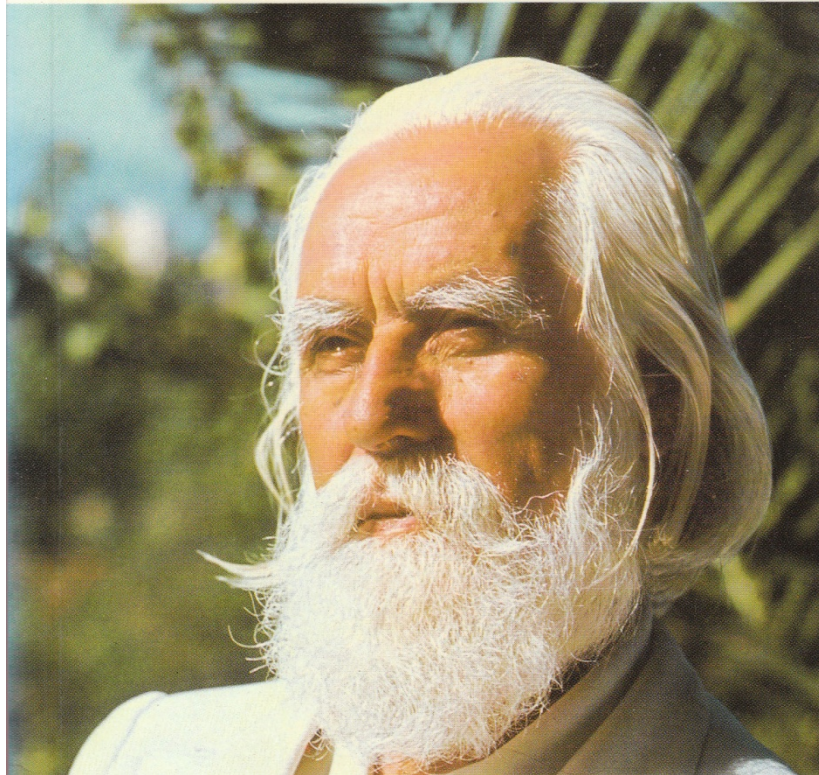


Por
Agnés Lejbowicz



Omraam Mikhaël Aïvanhov
El Maestro de la Gran Fraternidad
Blanca Universal.

* * * * *

“Los hombres no se transforman
Mediante los libros de las bibliotecas.
Para transformarse precisan de libros vivos
que les estimulen, les arrastren y
les conmuevan. Un Maestro es un libro
viviente y cada esfuerzo que hagamos para
descifrarlo es un paso hacia la perfección”



OM-17-02

INTRODUCCION AL LIBRO DE LA HERMANA AGNES LEJBOWICZ

**Agregada de la Universidad
Videlinata – Suiza**

Estos dos textos de ensayo presentados en esta obra por la hermana AGNEZ LEJBOWICZ datan de los años 74/75, y fueron actualizados por ella misma en 1982. Editados primeramente en francés y más tarde en lengua Española.

Si en España ya son difíciles de encontrar en las librerías, ¿nos preguntamos si todavía se editan ¡ es de suponer serán más difíciles de encontrar en Países de Latino América. Es pues una de las razones por la cual nos hemos atrevido a darlos a conocer en nuestra web. La otra, quizás tan importante como la primera se debe a la demanda insistente que tenemos de los Países de Latino América de conocer datos biográficos e historias con relación a la vida del Maestro a través de personas que estuvieron en su entorno. O sea que vivieron junto a él. Libros que como ya hemos dicho en otras ocasiones, no abundan.

La hermana AGNES LEJBOWICZ tanto ella misma como sus padres y hermanas Helen y Beatriz (ya hicimos su comentario en nuestro introducción del OM-61) no solamente vivieron muy cerca del Maestro, sino que además han intervenido e intervienen en forma constante hoy todavía en todo lo relacionado a su obra, selección de conferencias y divulgación de su enseñanza, hermana Helen, así como también la dirección del Centro Videlinata en Suiza, hermana Beatriz. Todas encantadoras personas que tengo el privilegio de conocer.

Deseo pues que la lectura de esta obra os permita conocer mejor la Vida y Obra de nuestro querido Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov.



Centre OMRAAM

*Institut Solve et Coagula
Reus*

www.omraam.es

*Primer Centro De difusión de la obra Del Maestro OMRAAM
En lengua Española*

PROLOGO

Los dos ensayos presentados en este volumen no son otra cosa que una breve introducción a la vida y obra del Maestro **OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV**.

El primero, mas biográfico, expone algunos puntos de su Enseñanza espiritual; perfila algunos trazos de su pensamiento, como un vuelo que nos sumerge en la luz infinita, para volver luego hacia nosotros.

El segundo, más filosófico, trata de centrar la idea de la Fraternidad tal como emerge del alma solar y resplandeciente del Maestro.

La inmensa vibración de su ser revela que la auténtica dimensión de la Fraternidad, en su más elevada realidad, sólo existe en el perfeccionamiento indefinible que nace de la relación de polaridad entre el maestro y los discípulos. Desde entonces, suprime este ancestral reflejo defensivo tan occidental que rechaza la idea del Maestro porque la contempla exclusivamente a través de la dialéctica del amo y del esclavo. Por otra parte, aunque los demás Maestros le reconocen como Maestro, debido a que se dan cuenta de la forma esplendida, rutilante y total, el no cesa de proclamarse discípulo de un Maestro perennemente inaccesible.

Omraam Mikhaël Aïvanhov libera a sus discípulos al estar unido y sometido para siempre a un mundo divino, de donde extrae su naturaleza de Maestro; por u sus amor y a su luz, une a sus discípulos al principio superior y les une entre si, convirtiéndoles en hermanos.

Agnes Lejbowicz

Omraam Mikhaël Aïvanhov es el Maestro de la Gran Fraternidad Blanca Universal. Su realidad de Maestro espiritual es simple:

Vivir constantemente en armonía con el mundo superior, y traducir esta armonía a través de las formas más puras. Su presencia, su palabra y el ambiente que crea a su alrededor son la expresión de esta armonía. Pero a pesar de esta asombrosa simplicidad, su realidad, más invisible que visible, continúa siendo un misterio. Los términos de filósofo, pensador o artista, no definen su personalidad. Es su propia vida la que él ofrece para que la contemplemos como una alquimia espiritual, como una transmutación de las fuerzas celestes en fuerzas terrestres y de las fuerzas terrestres en fuerzas celestes. Su simple existencia es capaz de cambiar el destino de personas situadas a miles de kilómetros, las haya conocido o no. No basta enunciar su pensamiento creador, sino que hay que vivirlo. Es el fundador de una nueva cultura de la que cada uno se siente partícipe en los aspectos más secretos y más activos de su alma y de su espíritu: una civilización solar en cuyo seno todos los hombres vivirán como hermanos.

Como un manantial inagotable, la palabra del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov se ha vertido a lo largo de los años en miles de charlas. Jamás ha escrito nada. Su enseñanza es estrictamente oral. Habla, continuamente inspirado por el deseo de llevar a sus oyentes cada vez más lejos en el camino de la evolución y de la perfección. Sus discípulos han taquigrafiado o grabado sus palabras, y después las han agrupado para hacerlas aparecer en folletos y en libros. Hasta el momento, se trata de una obra de casi cuarenta volúmenes traducida a una decena de lenguas. Pero en realidad, serían varios cientos de volúmenes los que deberían presentarse al público si se transcribiesen íntegramente todas sus charlas, cada una de las cuales tiene el mérito de describir una forma de acercamiento particular y original hacia lo divino. Animado por un poderoso espíritu de síntesis que le da, en el más alto grado, el sentido de la unidad y de la unicidad de la estructura de los mundos interior y exterior, el Maestro multiplica incansablemente sus charlas, practicando así con arte el «solve» y el «coagula» de los alquimistas. A través de esta abundancia increíble, su preocupación más constante, más tenaz, y hasta obsesiva, es la de ser útil a todos. No quiere que nadie, en su característica individual más irreductible (y poco importa su grado de evolución), se sienta al margen de

este recorrido espiritual; no quiere que ninguna tendencia humana, que ninguna pulsión interior, por recalcitrante que sea, por alejada que esté de toda sublimación y de toda iluminación, sea excluida de esta vía ascendente. Diríase que quiere tratar todos los casos, todas las situaciones, para que todos los hombres, llamados en lo más profundo de sí mismos, se pongan en marcha, juntos, hacia la tierra prometida.

Un editor pide, en general, un prólogo para permitir a los lectores que se sitúen en la obra y para facilitar la lectura de la misma. De hecho, la obra del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov no tiene necesidad de prólogo. Se impone por sí misma. Que el lector abra un volumen y que se sumerja en cualquier charla y se sorprenderá al experimentar de inmediato un sosiego, una claridad, un entusiasmo, que se sitúan mucho más allá de las palabras leídas; verá que su propia vida se despliega en sus dimensiones habituales e inhabituales, de forma que brotará dentro de él un deseo irresistible de elevarse hasta la cima de su ser para convertirse en alegría, en generosidad, en inteligencia, en poder para el bien de todos.

El Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov nació el primer mes del primer año de nuestro siglo veinte, el 30 de enero de 1900. Búlgaro de origen, podemos pensar que ha heredado de este pueblo, uno de los más activos traductores de obras extranjeras, el sueño que habita en las raíces profundas de su conciencia: instaurar una civilización universal en la que se fusionarían el Oriente y el Occidente reconciliados. Al aportar sus mitos y sus misterios, el orfismo antiguo, que apareció en las montañas de Rodope en el siglo sexto antes de Cristo, había ya querido realizar esta unidad. Alejandro el Grande de Macedonia, con sus conquistas, trató de encarnarla en el terreno político. Y más próxima a nosotros, en el siglo décimo, la corriente bógomila la buscó a través de una filosofía y de una estructura social importada de Oriente y cuya influencia se extendió a través de todos los países occidentales. Cuando el Maestro habla de lo que le marcó en su juventud, cuenta que antes de los quince años, se apasionó tanto por las obras hindús, cuyas técnicas espirituales de concentración, de meditación y de respiración experimentaba, como por las obras filosóficas de tendencias extremas: el idealismo de Berkeley o de Emerson, el criticismo empírico de Ernst Mach, y el marxismo, que conoció a través de las traducciones de Blagoev.

Tenía pasión por los libros y sólo deseaba vivir rodeado de libros. A la edad de diecisiete años, después de ayunos, de vigiliias y de ejercicios de respiración demasiado prolongados a los que se había lanzado sin guía, cayó enfermo, abatido por una fiebre muy fuerte que le duró más de un mes. En su delirio, pedía libros y más libros. Su madre se los llevaba; él los tocaba, los acariciaba y se sosegaba; no podía leerlos, pero el sentirlos allí, muy cerca, le hacía bien. Fue este deseo de leer todos los libros del mundo el que le ayudó a curarse. Ahora, ya desde hace mucho tiempo, lee poco, pues se pone al corriente de los acontecimientos y se informa de las actividades de los hombres gracias a un modo superior de conocimiento mucho más rápido y más seguro que la lectura de libros o de periódicos. **(Este libro fue escrito en 1974)** En el entorno, en el ambiente, y hasta en las corrientes de la atmósfera, logra captar los acontecimientos pasados, presentes y futuros, y descifrar su significado. El libro de la vida, que él llama el gran libro de la naturaleza viviente, es el libro que lee todos los días. Este libro está constantemente abierto de par en par, desplegando ante nosotros la verdad sin disfraces ni rodeos.

Cuando era aún muy joven el Maestro empezó a experimentar el poder del propio pensamiento. Apenas contaba catorce años cuando, escondido detrás de algún árbol del parque de Varna, se divertía concentrándose en alguno de sus amigos, el cual sin razón aparente, se quitaba de repente su gorro, se ponía a cojear, buscaba un objeto en el suelo, increpaba a un transeúnte... Un día incluso, ante numerosos compañeros decidió hipnotizar con su consentimiento a uno de ellos, y él mismo quedó sorprendido por la fuerza de su energía psíquica, ya que tuvo grandes dificultades para volver en sí a su compañero.

Pronto se sintió en posesión de un gran poder que podía utilizar para el bien o para el mal, y fue advertido una noche por una visión sorprendente del resultado final de cada una de estas dos posibilidades. Vio presentarse ante él a un ser de cuerpo denso y duro como el acero, a un ser frío, insensible, pero muy poderoso, invencible, y cuya mirada violenta y cruel traspasaba y desgarraba todo a su paso. Después tuvo la imagen de otro ser del que emanaban la bondad, la dulzura, la armonía, un amor y un don de sí tan grandes que su rostro y su cuerpo entero resplandecían con una belleza indecible. Comprendió que se encontraba en una encrucijada y

que, en adelante, debía escoger su camino. «Tomé, explica, el camino de la luz, del desinterés, del sacrificio, porque vi que Dios, que es todo eso, es también la máxima belleza, lo más perfecto. » Más tarde añade: «Pensar en la belleza de Dios es lo que más me acerca a Su perfección.»

Vivió hasta los siete años en una pequeña aldea de Macedonia cerca del monte Pelister. A veces acompañaba a su padre al bosque o iba a cortar leña para hacer carbón con otros aldeanos. Amaba al bosque, a todos los seres invisibles que habitan en los árboles, y al agua que brota en primavera sin que se sepa de dónde viene. El pequeño manantial burbujeante y el gran fuego llameante le sumían en estados de arrobamiento. En cuanto al fuego, veía a su padre encenderlo y él mismo lo encendía también para contemplarlo mejor, pero un día, ¡incendió la granja de sus padres! ...

Mientras los carboneros trabajaban en el bosque, un amigo de su padre, para ocuparle, le dio a leer el Evangelio de san Juan. Se conmovió profundamente: al lado de Jesús, se descubrió como un gran pecador, lloró sinceramente por sus faltas (¡tenía apenas siete años!) y decidió ser bueno, justo y piadoso. Una vez olvidado este arrepentimiento volvió a comportarse como todos los niños... Pero hacia los once años, y después con más fuerza hacia los dieciséis, sintió de nuevo esta inmensa necesidad de misericordia y de protección divinas. Nació en él un rechazo tan profundo por todo lo que sentía dentro de sí de pequeño y mediocre, que deseó ardientemente eclipsarse a sí mismo para que el Señor pudiese manifestarse en su lugar, y habitar dentro de él.

Fue en esta época, a los dieciséis años, en Varna, cuando un acontecimiento extraordinario trastornó toda su vida. Él lo mencionó por primera vez en 1967, durante un ciclo de conferencias sobre el sol, más de cincuenta años después de haberlo vivido, y nos confió que su vida todavía estaba profundamente marcada por esta experiencia interior. Había leído un pequeño folleto que trataba sobre ejercicios de respiración, y practicaba entonces durante varias horas consecutivas unas respiraciones rítmicas muy prolongadas. Una mañana de primavera, cuando se encontraba sentado en un parque situado en la parte alta de la ciudad, empezó la lectura de una obra cuyas descripciones del mundo invisible le llenaron y le propulsaron a una altura tal que sintió, en un momento dado, que había absorbido una gota de fuego celestial. La belleza de estas regiones, más reales para

aquellos que las visitan que las regiones terrestres, le sumergió en tal estado de arrobamiento, de éxtasis y de adoración, que llegó a perder el sentido.

Ciertamente, las leyes que rigen el mundo de arriba son las mismas que las que rigen el mundo de abajo, pero nosotros percibimos de manera diferente estos dos mundos porque entre ambos está todo aquello que separa lo visible de lo invisible, lo opaco de lo transparente, lo denso de lo sutil, lo limitado de lo infinito, lo efímero de lo eterno, la inmovilidad petrificada del resurgimiento perpetuo de una creación que no agota jamás su poder de renovación. Sin embargo, en el éxtasis desaparece completamente esta diferencia. Muy joven aún, Mikhaël había experimentado que todo se baña en la luz, que todo es luz, que la luz irradia de cada parcela de materia, proyectada desde un centro lejano como chispa divina que se comunica a toda la creación. Este éxtasis, esta iluminación, esta comunión con todo el universo en la perfección de su belleza, provocó en él una quemazón interior de la que nunca se ha repuesto.

Muy pronto, pues, conoció los momentos más decisivos de la vida secreta del alma y ciertos estados excepcionales que a muy pocas personas les es dado vivir durante su existencia. Pero al mismo tiempo, hubo de afrontar las dificultades económicas, sociales y políticas que afectaron a su familia y a su país. A los siete años, vio una noche su aldea saqueada e incendiada por los griegos. Cuando se paseaba por el campo, fuera de la aldea, divisó las tropas armadas: lanzó un grito de terror tan agudo que pudo advertir a los aldeanos del peligro; al acudir éstos hacia él, les hizo volver sobre sus pasos y les condujo hacia el río en donde pasaron esta larga noche de devastación escondidos en las aguas. Como consecuencia de estos sucesos, su familia abandonó Macedonia para instalarse al borde del Mar Negro, en Varna.

Allí, cuando tenía apenas nueve años, perdió a su padre. Algún tiempo después, su madre, privada de recursos, tuvo que volverse a casar para poder alimentar y educar a sus hijos: a Mikhaël y a su hermano, Alejandro. Ella nunca se quejaba e incluso consolaba, a pesar de sus penas, a vecinos menos desgraciados que ella. El Maestro habla siempre con emoción, afecto y gratitud de su madre, que murió casi centenaria en el transcurso del verano de 1973; en ella encontró el ejemplo de una bondad inagotable y de una indulgencia infinitas. Estas cualidades, que él ha

heredado, le han causado problemas, a veces incluso muy graves, pero no puede evitar manifestadas, porque la huella materna es imborrable.

Sus primeros años de escuela fueron difíciles. Después de la muerte de su padre, la situación familiar fue, durante un tiempo, tan precaria, que su madre no podía ni tan siquiera comprarle los libros de estudio. A menudo iba a la escuela en ayunas, y aprendía sus lecciones echando una mirada sobre los libros de sus compañeros. Inteligente y vivo, atraía la simpatía de sus profesores, ya que cuando le interrogaban, siempre recordaba alguna página leída en los libros de las bibliotecas o en los hogares culturales, y tejiendo historias apasionantes en torno al tema planteado, siempre salía bien librado. Sin embargo, incluso en la escuela, dejándose llevar por un ensueño o por impresiones venidas de su mundo interior, descubría la exaltación del pensamiento que hace vivir inmediatamente aquello que se desea.

A los once años, lleno de audacia, a la cabeza de una banda de pequeños compañeros, quiso reemplazar en la sede diplomática Turca de Varna la bandera de los antiguos ocupantes por la bandera nacional. Sorprendidos por la policía, sus compañeros huyeron. El continuó solo con la bandera búlgara que no quería soltar, y los agentes a caballo le escoltaron hasta el puesto de policía en el que nadie tuvo el valor de reprenderle: estaban demasiado orgullosos del valor y del patriotismo de ese niño. Sin embargo, no había obrado así por patriotismo sino por espíritu de justicia: desde hacía ya algún tiempo contemplaba en su imaginación a unos espíritus luminosos muy poderosos, retirados en las más altas montañas de la tierra, desde donde presiden el destino de nuestro planeta, y se había acostumbrado a vincularse a ellos...

Después de la muerte de su padre, siendo apenas un adolescente, practicó toda clase de oficios. Un día nos contó con humor sus diferentes aprendizajes. Trabajó en una herrería: le gustaba accionar el fuelle para atizar el fuego y mirar el trabajo del herrero que da al hierro incandescente la forma deseada; pero las chispas caían a menudo sobre sus pies desnudos de niño pobre y le quemaban. Después fue sastre, pero eso no duró más que un día, pues se durmió en su trabajo, embotado por la posición sentada y por el gesto monótono de manejar la aguja. Empleado en una fábrica de bombones, él, que conocía la escasez, se maravilló de poder comerlos hasta la saciedad: pronto descubrió la ley de la medida. Trabajó en una fábrica de

pasteles, en donde desarrolló esta extrema sensibilidad a los colores con los que experimentaba ya las correspondencias espirituales. Fue, durante la primera guerra mundial, secretario en una administración que distribuía las cartillas de racionamiento. Se dio cuenta rápidamente que el papeleo hace olvidar el lado humano de los asuntos... Colocado en situaciones muy diversas, comprendió poco a poco los problemas de los hombres y muy pronto deseó ayudarles, aliviarles. Sus propias privaciones nunca mermaban su buen humor, su amor por los demás, sino que, al contrario, afinaban su inteligencia y su sensibilidad, desarrollaban su imaginación y su voluntad, y reforzaban su ideal y su fe en una vida fraternal de comprensión, de felicidad y de paz a la que todos los hombres están llamados.

En la entrada de la iglesia de la Santísima Trinidad en Varna, había un mendigo andrajoso, pero muy simpático, con su larga barba enmarañada, y Mikhaël, siendo todavía un adolescente, iba a menudo a verle con uno de sus amigos para charlar con él. Con su filosofía particular, este mendigo siempre tenía algo que decir sobre problemas generales y los dos muchachos le encontraban tan interesante que decidieron hacer algo por él. Fueron a ver a la directora del hospicio de ancianos, y con la generosa elocuencia de adolescentes, la persuadieron de que tomara a su cargo a este mendigo tan interesante. Ella aceptó. El anciano fue conducido al hospicio por los dos amigos, orgullosos de haber logrado aliviar una miseria humana. Le lavaron, le afeitaron, y recibió una auténtica cama en una habitación de verdad... Dos o tres semanas más tarde, paseándose nuestros dos compañeros por la ciudad, divisaron a la entrada de la iglesia, exactamente en el mismo lugar que ocupaba antaño el mendigo, a otro mendigo. Se aproximaron... ¡y era el mismo! ¡Les explicó amablemente que era más feliz mendigando en libertad que en el hospicio, alimentado, alojado y lavado! Nunca olvidó el Maestro esta lección. Ayudar externamente a un hombre no basta: uno quiere aquello a lo que está habituado, aquello a lo que su gusto le predispone. Solamente si se consigue cambiar internamente a los hombres se pueden cambiar las condiciones externas de su existencia.

En 1917, tuvo un encuentro determinante con un ser excepcional, El Maestro Peter Deunov, fundador de la Fraternidad Blanca Universal que dirigió desde 1901 hasta su muerte en 1944. Incomprendido por los obispos

ortodoxos que le habían excomulgado y exiliado lejos de Sofía, la capital búlgara, Peter Deunov vivía en una residencia vigilada en Varna donde, desde 1907, se había instalado la familia de Mikhaël. Allí es donde se encontraron. Cuando, en 1919, el Maestro Peter Deunov pudo volver a la capital, Mikhaël le siguió. Así fue como muy pronto Peter Deunov percibió el amor, la devoción, el espíritu de sacrificio, la admiración y la veneración que el joven discípulo le manifestaba, poniendo al servicio del ideal que él enseñaba los poderes de su inteligencia y de su corazón con el mayor valor y el mayor desinterés. Veló por él y le protegió en sus numerosas experiencias espirituales, pues Mikhaël consagraba ya la mayor parte de su tiempo a la contemplación y a la oración, yendo a menudo solo a los macizos de Rila o al monte Vitocha. Sin embargo exigió a su discípulo que prosiguiera sus estudios universitarios; por eso, más que por curiosidad intelectual o por deseo de superar sus exámenes, Mikhaël se inscribió durante varios años en la Universidad, cambiando de disciplina en cuanto había asimilado los mecanismos de investigación, los métodos de trabajo y había adquirido un cierto nivel de conocimientos en cada rama. Paralelamente, debía ganarse la vida; pero jamás quiso poseer más que lo estrictamente necesario a fin de preservar su libertad para aquello que amaba, y que le pareció muy pronto el estudio más importante, la mejor ocupación: explorar las regiones interiores para las que tenemos tan pocos mapas...

Filósofo, psicólogo, conferenciante y gran clarividente, el Maestro Peter Deunov fue también músico. Componía con su violín unas melodías muy bellas, ecos lejanos de la patria original de nuestras almas. Los hermanos y las hermanas de su gran Fraternidad de Bulgaria las cantaban a coro. El Maestro Peter Deunov ofreció uno de sus dos violines a su joven discípulo para ayudarle en sus pruebas: le preparaba con amor y con severidad para su futura misión.

Cercana la segunda guerra mundial, el Maestro Peter Deunov presintió la casi total prohibición en Bulgaria de su movimiento, que había tomado ya una gran expansión: más de cuarenta mil discípulos. Después de haber impuesto a su discípulo terribles pruebas iniciáticas de las que salió triunfante, le envió a Francia en 1937 con el fin de salvaguardar su Enseñanza. Se enviaron dos cartas de recomendación al pequeño grupo de hermanos y hermanas franceses y búlgaros que había entonces en París.

Antes de dejarle partir, el Maestro le confió bajo forma de parábola: «Te doy una piedra preciosa, enorme, inestimable, pero como debes atravesar una gran selva infestada de bandidos y de bestias feroces, debemos manchar esta piedra para que sea irreconocible. Unos bandidos se echarán sobre ti y tratarán de robarte, pero al no descubrir nada de valor, acabarán por dejarte tranquilo. En cuanto hayas atravesado esta larga y peligrosa selva, yo estaré contigo para lavar la piedra que brillará entonces con un resplandor sin igual.» Le revelaba, de esta manera, las dificultades que iba a encontrar.

En París, a partir de enero de 1938, Mikhaël Aïvanhov da conferencias públicas que asombran y que le proporcionan un numeroso y variado auditorio, pero demasiado disparatado y cambiante como para asegurar una continuidad y una estabilidad a la obra que quiere realizar. También, muy rápidamente, se agrupan a su alrededor algunos discípulos más metódicos. Estos forman en Sèvres (*Entonces pequeña ciudad en las afueras de París, hoy ya está integrada en la zona Parisina*) una pequeña comunidad, una especie de escuela o, si se quiere, de monasterio o de ashram, que funciona llevando a la práctica en la vida diaria la enseñanza recibida. Los meses pasan y la propiedad llamada «Izgrev» (Salida del sol), acoge en la época de congresos a un público más consciente y mejor preparado. De Izgrev saldrán poco a poco otros grupos, se formarán nuevos centros en Francia y en el extranjero; y los congresos se propagarán por otras regiones, reuniendo a personas deseosas de descubrir una nueva forma de vivir juntas, tejiendo entre sí unos lazos sinceros. Este arte de vivir desemboca con toda naturalidad en una vida fraternal, que necesita, para que sea duradera, del conocimiento iniciático de la doble naturaleza humana: la naturaleza inferior, egocéntrica, o «personalidad», y la naturaleza superior, generosa, o «individualidad», recurriendo al mismo tiempo a la ciencia y al control de sus interacciones.

Estas dos naturalezas, personalidad e individualidad, influyen sin cesar en nuestra conciencia y en nuestro comportamiento, sin que nosotros sepamos distinguir siempre su objetivo y las consecuencias que se derivan del mismo. Así, a menudo, lo que la naturaleza superior construye y edifica con inteligencia y belleza, en un impulso de amor y de generosidad, es frenado, reprimido y destruido por la naturaleza inferior. ¡Basta con ver cómo nace y cómo acaba la historia de un supuesto gran amor! ...

Sin embargo, la ciencia iniciática enseña que no hay que aniquilar esa naturaleza inferior, porque se asemeja a las raíces de un árbol que extraen de la tierra fuerza y vitalidad; es como la savia que circula dentro de nosotros. La naturaleza superior, lejos de aniquilar estas energías primitivas, necesita de ellas para manifestarse en la tierra. Va a ser preciso, pues, aprender a captar y a retener en nosotros el poder del espíritu, de la individualidad. Así, al igual que un injerto celestial, la individualidad se conecta con la personalidad y transforma sus frutos salvajes, ásperos y amargos (nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos egoístas y personales) en frutos azucarados, deliciosos y benéficos para alegría y disfrute de todos. La integridad del hombre, su unidad y su poder dependen de la armonización de sus dos naturalezas. Obtendrá definitivamente estas cualidades el día en que su naturaleza superior domine a su naturaleza inferior. Pero pocos hombres han concienciado que este trabajo es posible, deseable y hasta necesario para la plenitud y el enriquecimiento de la vida individual y social, si se quiere fundamentar no sobre el interés y el provecho, sino sobre el reparto equitativo y la solidaridad.

El instinto atávico de destrucción y los ejemplos cotidianos de avaricia, de egoísmo, de orgullo y de violencia juegan tan fuertemente en nuestros comportamientos que la debilidad se instala en nosotros, la falsa indulgencia de la permisión nos paraliza, y vivimos vencidos creyéndonos libres y dueños de nuestro destino. Por eso nada requiere tanta voluntad, fuerza física y valor como el trabajo espiritual que el Maestro nos enseña para que nos convirtamos en este tipo de hombres que, sin perjudicar a las criaturas, viven en paz, con inteligencia y amor fraterno.

Gracias a los pacientes esfuerzos del Maestro, la Enseñanza se ha propagado con toda naturalidad a través de familias, de amigos, etc.... primero en la mayoría de las ciudades de Francia y de Suiza, y a continuación, en todos los países de Europa occidental, de América del Norte y varios países de América latina, de África y de Extremo Oriente. En todas partes se han construido y acondicionado salas de reuniones y de conferencias, centros de ayuda y chalets que permiten encuentros fraternales que pueden durar desde varios días hasta dos o tres meses, como

es el caso de los congresos de Bonfin, cerca de Fréjus, (Sur de Francia a unos 60 kilómetros de Niza. Terrenos que le regaló el discípulo Jean, conocido por el discípulo amado).

El Maestro no quiere imponerse en el mundo político y social. Pero tiene tal autoridad sobre su auditorio debido al poder de su vida interior, que ciertos espiritualistas malévolos intentaron eliminarle, cuando en la misma época (era en 1947, período del macartismo) determinados hombres políticos le acusaron, al ser su nacionalidad búlgara, de desempeñar un trabajo de agente secreto, trabajo que, por otra parte, algunos le habían propuesto con halagos y amenazas; aunque jamás estas presiones le hicieron vacilar: permaneció incorruptible. Sin embargo, sus enemigos, decepcionados, se unieron y conspiraron para llevarle ante los tribunales: calumniado, denigrado por todos, escarnecido, fue condenado a cuatro años de cárcel. Sólo cumplió dos, debido a su comportamiento irreprochable. A pesar de ignorar totalmente sus actividades espirituales, sus vecinos de celda le llamaron su ángel protector. Como consecuencia de la revisión del proceso, se produjo su rehabilitación en 1962, siéndoles restituidos su honor y sus derechos anteriores. Sin embargo, continuó siendo apátrida. (Cuando finalmente Francia le quiso dar la nacionalidad Francesa, fue el mismo Maestro que la rechazó. Comentario de Centre Omraam).

El Maestro tampoco ha perseguido la fama como escritor o filósofo, ni se ha cuidado de publicar su obra como conferenciante para ganar una celebridad que, por otra parte, tiene bien merecida. Son sus discípulos los que en 1972, treinta y cinco años después de su llegada a Francia, obtuvieron su autorización para iniciar la edición de su obra. Y en diez años, se han publicado más de treinta volúmenes.

El Maestro nunca ha contado con otra cosa que no fuese su trabajo: un trabajo intransferible que abarca su alma y su espíritu, y que le permite transformar el mal que se le hace sufrir y el que reina sobre la tierra en el crisol resplandeciente de su amor por los humanos. Con inteligencia, bondad y dulzura, con una entrega de sí mismo total y permanente, con una voluntad firme y una fuerza de carácter poco común, el Maestro no ha dejado nunca de prodigar consejos y ayuda a todos los que acuden a él.

Regularmente, se desencadenan campañas de prensa contra él, promovidas por esos espíritus malhechores que están animados por una voluntad de poder devastadora. Pero ante la actitud inesperada y absolutamente extraordinaria que adopta, sus discípulos le reconocen cada

vez más como un gran Maestro. En efecto, escapando a la tentación de replegarse sobre sí mismo o de indignarse, se contenta con explicar: «Muchos artistas y hombres políticos, a la menor crítica mordaz y humillante, a la menor calumnia, se suicidan; un solo artículo de periódico ha bastado para que pongan fin a sus días, porque eran demasiado sensibles. A decir verdad, a veces hay razones para querer acabar con todo. Pero la Ciencia iniciática está ahí, y nos dice: «Cuando uno es débil, el mal es un veneno mortal, pero cuando uno es fuerte y conoce las leyes, sabe cómo absorber el mal, cómo asimilarlo, transformarlo y sublimarlo para convertirse en una divinidad.» El mal se convierte entonces en un estímulo muy poderoso para adquirir cada día más fuerza, más pureza, más grandeza y perfección, ¡Hay que abrazar a los periodistas, darles las gracias, porque gracias a ellos adelanto, me desarrollo! Conociendo la ley de acción y reacción, según la cual el malo el bien vuelven sobre el que los propaga, no me preocupo de responderles; otros se encargan de hacerlo. Yo me preocupo simplemente de proteger mi manantial, para que continúe manando hacia los humanos, lo merezcan o no. Y soy yo el beneficiado, puesto que tengo siempre necesidad de derramar el amor, la luz y la vida celestes.» De todos estos ataques injustificados, el Maestro ha extraído material para hacernos revelaciones inolvidables sobre el sentido del mal y del sufrimiento en nuestra vida.

A los que se acercan al Maestro les impresiona la coherencia que existe entre lo que enseña y lo que vive, entre la doctrina y el modelo que encarna. El es su Enseñanza, sencillo y poderoso, grave y lleno de amor, poético y concreto, hermético y accesible, imaginativo y realista, inspirado y lógico, implacable en sus análisis y lleno de confianza y de esperanza en el hombre... El Maestro gusta a veces de sumergirnos en la atmósfera mágica de los cuentos o en las visiones exaltadas del futuro, pero nunca le falla la argumentación racional. Siguiendo atentamente los progresos de las ciencias exactas y de la técnica (es un universitario que aprecia el saber positivo), no descuida por ello las ciencias esotéricas: astrología, alquimia, magia y cábala, tan mal conocidas porque ciertos aprendices de brujo las utilizan de manera aún más peligrosa y escandalosa que el saber oficial al que pretenden oponerlas.

Para el Maestro el saber oficial es útil, indispensable, da grandes posibilidades materiales y mejora las condiciones externas de la existencia,

pero no es suficiente porque no mejora a los hombres; al contrario, desarrolla a menudo en ellos la pereza, la sed de posesión y de dominación.

En cuanto a los ocultistas, que en su mayoría han subordinado sus actividades al lucro y al éxito social, especulan a buen precio con la imaginación poco estructurada y enfermiza de la gente, desarrollan un orgullo desmesurado y despiertan fuerzas infernales ligadas a las carencias de afecto y a los delirios sexuales.

El saber que enseña el Maestro es el saber iniciático que él define brevemente así: «El saber de los Iniciados no os dará quizá ni dinero, ni posición social, pero os transformará porque trabaja sobre vuestro carácter, en base al saber espiritual, al saber divino, con lo cual ya no podéis continuar siendo los mismos. En cuanto conocéis ciertas verdades, os transformáis y llegáis a ser capaces de ayudar a los demás.» Este saber es el que el Maestro comunica de manera viva, tan naturalmente como respira. Sabe dirigirse a cada cual en particular, sea niño, adolescente, adulto o anciano; igualmente a todos, tanto en una conferencia, como a un pequeño grupo en las circunstancias más diversas. Cuando nos encuentra ocupados en ciertas tareas (cocina, albañilería, pintura, jardinería), cualquier ocasión es buena para hacernos reflexionar sobre el significado y las correspondencias escondidas en los gestos más humildes. Por eso nos maravilla continuamente; vive la vida en su manifestación creadora y no cesa de sorprendernos la profundidad de sus conceptos, que tienen un impacto inmediato sobre nosotros.

Durante los congresos de Bonfin (Fréjus), de Izgrev (Sèvres) o de Videlinata (sobre Vevey, en Suiza), los momentos que el Maestro escoge para dirigirse a su



auditorio (a menudo de más de un millar de personas) pueden parecer insólitos. Habla antes o después de las comidas, o bien por la mañana,

fuera, al aire libre, después de la meditación que acompaña la salida del sol... Lo más asombroso es que no prepara jamás sus conferencias, nunca anota en ningún papel su esquema, ni sus ideas, a pesar de que haya venido una ingente multitud de varios países extranjeros para oírle. El se prepara continuamente para no ser otra cosa que pura mediación entre los espíritus luminosos y las almas de los hombres. Simplemente, se diría que unos segundos antes de tornar la palabra, todo su ser se recoge, se concentra, se ausenta, se convierte en un punto infinito perdido en el espacio; planea, se inmoviliza, y rápidamente recoge en la inmensidad todo lo que la asistencia necesita en este día. Se deja guiar por el ambiente, por la atmósfera, por la inspiración del mundo invisible... Por eso las personas presentes encuentran con asombro en sus palabras respuestas precisas a las preguntas que les preocupan. De esta manera, vuelven luego a buscar otras respuestas a distintas preguntas que la vida les plantea, y gustan de escucharle, seguras de recibir cada vez nuevas aclaraciones. Su Enseñanza entra siempre en la coyuntura de nuestras existencias y provoca, gracias a las incesantes reiteraciones y referencias a lo que nos comunica, un movimiento de aceleración en nuestra vida espiritual.

Lo que el Maestro dice toca todas las cuerdas del ser humano, ya que nunca presenta una verdad únicamente bajo su forma intelectual: la viste siempre para que el corazón la sienta, para que la imaginación le dé formas y la voluntad tenga un deseo ardiente de realizada. Aquel que acude junto a él, comienza no sólo a comprender sus problemas y a dominarlos, sino incluso a cambiar su actitud frente a todas las cuestiones que agitan y turban a la humanidad. Se hace más fuerte para resistir los choques, las desgracias, los accidentes; se vuelve más sensible para apreciar el amor, la belleza, la pureza, y para despertadas en sí mismo; más lúcido, penetra con mayor facilidad las leyes de la existencia, y se libera, creando en sí mismo un nuevo ser. En las palabras del Maestro cada cual puede extraer aquello que necesita, y para cada uno las necesidades son diferentes.

El Maestro es vegetariano, y todas las comidas con él se toman en silencio. Ha hecho de la nutrición no sólo un acto sagrado de comunión, sino un verdadero yoga, el «Hrani-yoga». «Si os pido el esfuerzo, dice, de comer en silencio (sin hablar, incluso sin hacer ruido alguno con los cubiertos), masticando durante largo tiempo cada bocado, haciendo de vez en cuando algunas respiraciones profundas, y sobre todo, concentrándonos

en el alimento y dando gracias al Cielo por toda esta riqueza que mantiene y prolonga la vida, es porque estos ejercicios, tan insignificantes en apariencia, son los mejores que existen para adquirir el verdadero dominio de sí. El dominio de estas pequeñas cosas es el que os dará la posibilidad de dominar las grandes. Cuando veo a alguien que es descuidado y torpe en las pequeñas cosas, es fácil para mí saber no sólo en qué desorden vivió en el pasado, sino cómo van a reflejarse negativamente todas sus deficiencias en su futuro. Todo está relacionado.

Yendo aún más lejos en su concepción de la nutrición, el Maestro cuestiona nuestra representación materialista del hombre y de la naturaleza. El hombre, como la naturaleza, no sólo tiene una realidad física. Más allá del cuerpo físico posee otros cuerpos más sutiles que son los soportes de la afectividad, del intelecto, del alma y del espíritu: y debe también alimentar a estos otros cuerpos, absorbiendo la materia etérica de los alimentos.

Aunque insólita a primera vista, esta concepción de la nutrición pone de manifiesto que la acción de comer es por sí mismo un acto completo, porque afecta a la totalidad de nuestro ser físico y psíquico. Alimentarse va mucho más allá del simple hecho de comer y de beber: toda actividad que nos ponga en contacto con otras sustancias, con otras regiones (respirar, amar, pensar, rezar, meditar), y con otros seres, es otra forma de nutrición. Así, los momentos de silencio y de recogimiento durante las comidas se convierten, mejor que cualquier otro ejercicio de relajación, en momentos de calma y de armonización de todas nuestras células. ¡Y nos proporcionan ocasiones fáciles, inesperadas e inevitables!... de perfeccionamiento psíquico y espiritual. En el Bonfin, en donde cada año tiene lugar el congreso de verano, toda la Fraternidad se levanta muy pronto por la mañana para asistir a la salida del sol. Una melodía, interpretada con violines, flautas o guitarras, despierta con dulzura y ternura a los durmientes, invitándoles a contemplar a aquel que es, sobre la tierra, el maestro de la luz, del calor y de la vida: el sol. Los hermanos y hermanas caminan por un sendero aún matizado por el azul de la noche y suben a una colina, la Roca de la Oración, para meditar en silencio y recogimiento.

Los beneficios que cada uno encuentra en el Surya-yoga, el yoga del sol, son considerables: una mejora real de la salud física y de la salud psíquica; una fuente real de ilusión y de inspiración para meditar, rezar, crear; una fuerza real para vivir la vida cotidiana con armonía, para

comprender y asumir la vida social con sus dificultades, y un valor real para querer transformarse. Cada día el sol deposita en nosotros nuevos e imprevisibles tesoros.

Por eso los hermanos y hermanas han buscado, en las afueras de las ciudades donde viven, un lugar apacible y retirado para practicar el yoga del sol, desde el equinoccio de primavera al equinoccio de otoño, y a veces durante más tiempo. Ya que el Surya yoga facilita enormemente el trabajo psíquico y espiritual de unificación interior, o para emplear un símil del Maestro, el «injerto» de la naturaleza superior en la naturaleza inferior.



«Cuando vayáis por la mañana a contemplar la salida del sol, pensad que ya estáis allá arriba, en el sol, y que desde allí, miráis hacia abajo a este ser que está sentado y que sois vosotros; con el pensamiento os desdobláis, os separáis de vosotros mismos, sonreís al veros tan minúsculo y os decís: « ¡Pobre!, ¡qué pequeño es! ¡Y pensar que soy yo!... ¡Pero voy a ayudarlo voy a ayudarlo!» La pureza, la plenitud, la luz, el poder que recibís entonces, lo enviáis a este ser que medita, abajo, a este ser que sois aparentemente vosotros, pero que en realidad no sois vosotros. Comenzáis entonces a sentir una gran expansión de conciencia, una paz celestial, y después se producen revelaciones y más revelaciones... Así es cómo podéis desarrollar nuevas facultades, nuevos centros, chacras, comprendiendo y penetrando en las cosas, convirtiéndoos poco a poco en seres excepcionales que exteriormente continúan pareciéndose a los demás, pero que interiormente ya no son los mismos puesto que se han desarrollado en ellos nuevas posibilidades ... »

El Maestro aporta una nueva pedagogía centrada en el sol. Aconseja que se acostumbre a los niños desde pequeños a asistir a la salida del sol para que estén marcados durante toda su existencia por la vida prodigiosa del sol. Por otra parte, en la Fraternidad, los niños corren hacia el Maestro como si encontrasen de nuevo junto a él el clima encantado de los cuentos que leen, con todos estos seres maravillosos cuya sabiduría, bondad, poder

y belleza metamorfosean el mundo. Sienten confusamente que gracias a él pueden desarrollar también todas estas facultades de transfiguración. Los niños quieren, como su Maestro, ir muy pronto por la mañana a contemplar el sol. A veces van antes que sus padres... ¡ Qué espectáculo tan extraordinario el de todos estos niños joviales, sentados al pie de la Roca, esperando tranquilamente la salida del sol, inventando dibujos con los alegres y radiantes colores que el sol les inspira!

El sol, nos explica el Maestro, representa un ideal de perfección que nadie sobre la tierra puede igualar. Ninguna inteligencia humana puede proyectar una luz comparable a la del sol que lo ilumina todo. Ningún amor humano es comparable al amor del sol que calienta igualmente al bueno y al malo con un desinterés total. Ningún poder humano iguala la vida que da el sol a toda la tierra y a sus habitantes. Los sabios, los hombres políticos, los filósofos y los artistas, que todo el mundo toma habitualmente como ejemplos, como guías, jamás han dado un ejemplo tan perfecto como el sol que ilumina, calienta y vivifica sin cesar.

El Surya-yoga, el yoga del sol, contiene todos los demás yogas: Bhakti-yoga, Jnanayoga, Raja-yoga, Karma-yoga, Kriya-yoga, Agni-yoga, Laya-yoga, Chabda-yoga, Hatha yoga... El Maestro nos enseña cómo extraer fuerzas del sol y, mediante la meditación, cómo vinculamos con el Espíritu de Cristo que vive en el sol, cómo comulgar espiritualmente con el verdadero vino y el verdadero pan, el calor y la luz, el Amor y la Sabiduría... También es el sol el que nos enseñará cómo transformar la sociedad. El Maestro anuncia para toda la humanidad una civilización solar, no sólo en el plano tecnológico, sino también en el ámbito cultural y espiritual.

El tipo de pensamiento propio del Maestro es totalmente opuesto al que estamos acostumbrados; por eso es difícil a menudo captado bien. Su punto de partida no está en los libros o en las experiencias adquiridas en el campo exterior, objetivo. Su campo de investigación no es otro que su laboratorio interior, en donde desencadena cuidadosamente ciertos procesos psíquicos. Su método sigue la ley enunciada en la Tabla de Esmeralda que se atribuye a Hermes Trismegisto: «Como es abajo es arriba, como es arriba es abajo.» Lo de arriba es aquello que hay de más espiritual y más interiorizado en el hombre, es su centro divino creador. Lo de abajo son las formas materiales, cristalizadas, tangibles, las fuerzas aún

no domesticadas, la periferia del ser. El Maestro tiene una intuición del mundo que se expresa mediante la analogía, una analogía dinámica fundada en la interpretación del símbolo, ya que al ser a la vez espiritual y material, interrelaciona lo de arriba y lo de abajo. Así es como el universo es percibido simultáneamente, desde el interior y desde el exterior, como una totalidad que respira, asombrosamente viva, y que manifiesta por todas partes las mismas leyes.

Lo que el Maestro descubre de una manera intuitiva y que le hace maravillarse de la unidad de la creación, de su orden, de su belleza, de su vida intensa, corresponde perfectamente a lo que los hombres de ciencia encuentran en su propia esfera específica. En la conferencia «El amor escondido en la boca» se verá que su definición de la sabiduría como acto de saborear, concuerda con la descripción fisiológica del gusto y con la etimología latina de la palabra sabiduría. En otra conferencia en la que habla de Jesús crucificado entre los dos ladrones, se encuentra una afirmación sorprendente, sobre unos hechos que no se mencionan en los Evangelios: «El primer ladrón había matado a su padre, y el segundo a su mujer, por celos», pero pasado el primer momento de sorpresa, uno se da cuenta de que interpreta los crímenes de los dos ladrones como la expresión simbólica de las fallos característicos del intelecto y del corazón, coincidiendo con ciertas páginas psicoanalíticas célebres sobre la rebelión contra el padre y sobre los sentimientos de frustración afectiva que un hombre puede experimentar respecto a la mujer.

Pero son sin duda las leyes físicas las que, proporcionan al Maestro el mayor número de confirmaciones a todas sus intuiciones concernientes a las leyes de la vida espiritual. Para él la máquina de vapor, la pila, la célula fotoeléctrica, el tubo de Crookes, la galvanoplastia, la radio, la televisión, el teléfono, el magnetófono, el láser ... no son sino una especie de transposición, en el plano material, de fenómenos que existen con antelación en el plano espiritual. Todos estos aparatos funcionan siguiendo los mismos procesos que nuestras facultades psíquicas. Nos damos cuenta, pues, de que su verdadero punto de partida no es el fenómeno físico al cual se refiere, sino una inspiración, una intuición, un trabajo del espíritu que en la creación y en sus propios descubrimientos no experimenta otros límites que los de su libertad. Se diría que el Maestro conoce a pesar suyo, simplemente porque vive la vida más intensa y la más elevada. «Si vivís la

vida divina, no tendréis necesidad de buscar, encontraréis; no tendréis necesidad de pedir, se os dará; no tendréis necesidad de llamar, se os abrirán las puertas.»

La verdadera biblioteca de la que el Maestro extrae sus conocimientos es el gran libro de la naturaleza viviente. Sabe leer este libro eterno que está ahí, siempre abierto ante nuestros ojos. Día tras día, ante cualquier detalle, saca conclusiones asombrosas: el oxígeno y el hidrógeno, el mercurio, el azufre, la sal, los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego; el árbol y la función clorofílica, el higo, la rosa, las abejas, las anguilas que van a desovar al Mar de los Sargazos ... la circulación sanguínea, el sistema neuro-vegetativo; los manantiales, las montañas, la luna, sus fases y sus habitantes, las estrellas, el sol negro, los pueblos del centro de la tierra, que nos superan en cultura y en civilización ... Pero haríamos el ridículo si quisiésemos establecer una lista exhaustiva sin mostrar al mismo tiempo sus correspondencias espirituales.

Consideremos solamente un ejemplo: el caracol... Los niños se divierten con él, los zoólogos lo estudian... La naturaleza divierte a algunos, instruye a otros, pero sólo revela sus secretos a los sabios. El Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov se ha servido del caracol para explicar la creación del universo. Dios ha creado los mundos exactamente como el caracol segrega una sustancia la cual, al solidificarse, se convierte en su concha. Con esta imagen tan simple, el Maestro aclara las más arduas enseñanzas de la Cábala sobre las emanaciones de Ain Soph Aur. En el principio, cuando nada existía aún fuera de Él, Dios, Ain Soph Aur, la Luz ilimitada, comenzó a condensarse y a crear el mundo mediante emanaciones sucesivas. Estas emanaciones se condensaron en diez regiones llamadas sefirots y se materializaron poco a poco hasta convertirse en el universo visible. Lo que el Maestro lee en lo infinitamente grande: el universo en formación, y en lo infinitamente pequeño: el caracol que forma su concha, lo ha leído previamente en la esfera psíquica. Nosotros, los seres humanos, poseemos exactamente este mismo poder de formación. Al concentrar nuestra voluntad y nuestra imaginación en un proyecto determinado, emanamos de nosotros mismos una sustancia invisible, un fluido, que un día se condensará. El hombre tiene, pues, las claves de su futuro, ya que todo lo que el hombre crea de bueno o de malo en el mundo sutil con sus facultades psíquicas, se convierte un día, aunque no se dé

cuenta, en una realidad visible y tangible. Sobre esta ley se basa, por otra parte, la clarividencia. Al percibir las emanaciones de las personas presentes, el clarividente adivina cómo se cristalizarán en acontecimientos futuros; e inversamente, adivina su pasado, porque partiendo de las formas materiales, sabe remontarse a las corrientes sutiles que las han creado o impregnado.

El Maestro extrae así analogías sorprendentes de la química, de la botánica, de la zoología, de la anatomía, de la fisiología humana, de la geografía, de la astronomía,... y nos enseña, sobre todo, a superar el estadio de la observación y de la explicación científica del mundo exterior, para que captemos un significado que nos obligue a entrar en nosotros mismos, a interrogarnos sobre lo que somos y sobre lo que hacemos. En efecto, ello nos remite siempre a aquello que es esencial para la mejora de la existencia humana: el nacimiento de los niños, la vida de la pareja, la sublimación de la energía sexual, el trabajo que hay que hacer sobre sí mismo con la voluntad y la imaginación para acercarse cada vez más a la naturaleza divina, la relación que hay que establecer entre el yo inferior y el Yo superior, la unidad que hay que realizar en una colectividad para que ésta se convierta verdaderamente en una Fraternidad en la que todos avancen y trabajen con alegría, en paz y en armonía.

Consideremos, por ejemplo, el nacimiento de los niños. Si las mujeres conociesen el poder que tienen de dar a luz niños sanos, hermosos, inteligentes, voluntariosos, generosas, ¡cuán inútiles serían todos los gastos que se hacen, a menudo en vano, en hospitales, prisiones, tribunales y reformatorios de delincuentes!... En menos de medio siglo la especie humana se habría regenerado enteramente si la sociedad se ocupase de la mujer encinta. Para mejorar la humanidad hay que empezar por el origen de las cosas, por el nacimiento de los niños, y para eso hay que educar a las futuras madres de toda la tierra.

Según el Maestro, una experiencia fisicoquímica, la galvanoplastia, explica claramente, por analogía, el papel de la madre durante la gestación. El procedimiento de la galvanoplastia permite aplicar un depósito de sales metálicas, liberadas por electrólisis, sobre determinados objetos cuyo relieve se quiere conservar. A partir del germen paterno que juega el papel de «molde», el trabajo de la madre durante la gestación consiste en formar una «medalla», el hijo, con las «sales metálicas», es decir, con los

materiales que ella le da para su formación. Ciertamente, durante la concepción, el estado del padre y de la madre - el estado físico, psíquico y espiritual- es determinante para la estructura básica del niño: el «molde». Pero después la manera cómo la madre lleve a su hijo y le tome en su seno determinará la; naturaleza y la calidad del metal, es decir, la constitución y el carácter del niño.

«Suponed que la madre, que conoce el procedimiento de la galvanoplastia, decida utilizado para dar a luz a su hijo. En cuanto haya recibido el germen en su seno (el cátodo), pone en su cabeza (el ánodo) una lámina de oro, es decir, el ideal más sublime, los pensamientos más elevados. Entonces se establece' la circulación y la sangre, que recorre el cuerpo, aporta al germen ese metal superior. El niño se va formando envuelto en vestiduras de oro, y nace robusto, hermoso, noble, capaz de vencer las dificultades, las enfermedades y todas las influencias nocivas. (ver OM-59-02-El Trabajo de la Futura Madre)

Las madres acostumbran a creer que pueden tener cualquier pensamiento durante su embarazo, que ello no tendrá influencia alguna en el niño que están llevando en su seno y que cuando sea mayor comenzarán a ocuparse de él, le darán educadores, profesores, etc.... No es así; cuando el niño nace ya es demasiado tarde, ya está determinado. Ningún pedagogo, ningún profesor puede transformar al niño cuando los elementos con los que ha sido formado en el seno de su madre son de una calidad inferior; a pesar de todos los esfuerzos, la materia de estos elementos continúa siendo aproximadamente la misma. Cuando una madre pone en su cabeza pensamientos de plomo (simbólicamente), que no se asombre si, más tarde, su hijo nace envuelto en plomo, es decir, si es triste, enclenque y enfermizo. Mientras que si el niño interiormente es de oro, aunque viva en condiciones deplorables o en medio de criminales, continuará siendo bueno, noble e incorruptible, porque su esencia es pura. Por lo tanto es absolutamente necesario conocer esta ley.»

El Maestro no pretende aportar nuevos principios filosóficos y religiosos: éstos han sido enseñados ya desde tiempos inmemoriales y todo el mundo los conoce. Pero lo que aporta de nuevo, lo que le caracteriza, es una voluntad de concretar en el plano material, de traducir en comportamientos y en actos cotidianos las experiencias más sublimes de la

vida espiritual. Su Enseñanza insufla por todas partes una vida nueva y superior.

En sus conferencias, nunca se detiene mucho tiempo en consideraciones abstractas o teóricas. Además, no tiene ninguna estima por aquellas personas atiborradas de conocimientos barrocos y cuya vida práctica está en perpetua contradicción con sus ideas, aunque éstas sean fantásticas. Semejantes a semillas que nunca serán plantadas, estas ideas se pudren y enmohecen, puesto que no son vivificadas en el corazón de su existencia.

Lo nuevo que el Maestro aporta está ahí: debemos buscar las mejores y más fraternales ideas, pero para encarnarlas en la existencia cotidiana, trabajando sobre nosotros mismos, sobre nuestro carácter, sobre nuestra relación con los demás y con nuestro entorno. Hay que crear un nexo interior entre nuestra vida y nuestros conocimientos, transponiendo al ámbito del alma y del espíritu todas las leyes descubiertas en el mundo físico. Por eso el Maestro tiene una forma de pensamiento que es única en la historia de las ideas. Clara, coherente, profunda, esta filosofía se revela como benéfica e indispensable para nuestra época.

Al mismo tiempo que hace resurgir la quintaesencia de todo lo que fue dado en el pasado como más elevado, añade algo nuevo que es necesario en nuestros días: el sentido de la realización. Así el Maestro realiza la palabra de Hermes Trismegisto: «Como es abajo es arriba, como es arriba es abajo; así se producen las maravillas de una sola cosa», y prueba, con su Enseñanza y sus obras, que es el depositario incontestable de la Ciencia iniciática.

Los conferenciantes se refieren normalmente a los sabios y a los escritores conocidos como autoridades que les sirven de protección o de apoyo. A pesar de su vasta cultura, el Maestro no toma a nadie como apoyo; habla él mismo con autoridad, ya que su inspiración viene de más arriba. Si hace alusión a textos, se trata, la mayoría de las veces, de los libros sagrados: la Biblia, los Vedas, los Upanishads, el Libro tibetano de los Muertos, el Tao Te King, el Zend Avesta, la Cábala, el Zohar, etc.... Las citas, declara, son buenas, sobre todo para pasar exámenes, para obtener diplomas. En la vida espiritual no se debe citar a los demás, sino a uno mismo. Por eso las citas del Maestro son, ante todo, sus experiencias

espirituales, vivas, profundas. En lugar de buscadas en el pensamiento de los demás, las toma de sí mismo. Su vida es la más bella de las citas.

Predice, por lo demás, que en el futuro el ser humano ya no escribirá libros, sino que se escribirá a sí mismo y será su propio libro, lo cual ya lo realizan los grandes Maestros espirituales: «Los verdaderos Instructores de la humanidad que se crean a sí mismos, que se escriben a sí mismos, conmueven a toda la tierra con su sola presencia, porque a través de ellos se ven y se oyen todos los colores, todas las formas, todos los poemas y todas las melodías del universo. Un ser que se crea a sí mismo, que escribe él mismo su propio libro, hace mucho más por la humanidad que todas las bibliotecas, que todos los museos y que todas las obras maestras del arte, ¡porque éstas están muertas y él está vivo! »

¿Cuándo estará presta la humanidad para seguir la vía luminosa y gloriosa de los Maestros? De la misma manera que le ha sido difícil abandonar los trabajos del campo y todas las pesadas y penosas labores cotidianas que aseguran su subsistencia inmediata, para aceptar ir a la escuela a aprender, a leer y a escribir, recibiendo una instrucción, así también ahora le parecerá difícil promover una nueva forma de lectura y de escritura: leer el gran libro de la naturaleza viviente y escribir su propio libro, es decir, escribirse a sí mismo.

Como en el albor de toda nueva civilización, se alza con vigor la unidad de un principio que une en una misma cultura la ciencia, la religión y el arte; así vemos que el Maestro aporta esta unidad en su Enseñanza. Su ciencia es la del ser humano en la realización de su naturaleza y de sus facultades superiores (las del alma y del espíritu) y en la de su relación viva con las diferentes regiones y fuerzas del universo. Su religión es la de Dios, irreductiblemente presente en cada ser humano como una chispa sagrada y pudiendo manifestarse a través suyo. Y ahí está el fundamento del espíritu fraterno, la condición esencial para que la fraternidad se realice: porque nada puede obligar a un hombre a respetar a los demás hombres y a considerarles como hermanos si no es ese embelesamiento y ese sentimiento sagrado que experimenta al conocer que Dios habita en ellos. Su arte consiste en la realización de la perfección divina en sí y en todas las cosas.

El Maestro es portador de esta unidad porque está en contacto con la vida más intensa y más pura, y porque es el modelo de lo que nos enseña: un libro viviente de la cultura solar. El sol en una misma irradiación envía su luz, su calor y su vida. El Maestro con su sola presencia inspira a todos los que le ven, y todos captan sus ondas y vibraciones. Reconociendo o no su influencia sobre ellos, muchos tratan, con toda libertad y según sus talentos, de adaptarla en su investigación filosófica o científica, en sus obras literarias, pictóricas, musicales... en su trabajo espiritual, en su vida cotidiana personal, familiar y profesional. Nadie permanece indiferente; todos se ven afectados en sus intereses.

El Maestro Omraam Mikhaël Aëvanhov, originario de Macedonia, conoce perfectamente todos los países de la Europa balcánica y de la Europa occidental. Ha recorrido diversos países de América, de África, del Oriente Medio, ha residido un año en la India, desde marzo de 1959 hasta febrero de 1960, y ha permanecido varios meses en Extremo Oriente, en el Japón, en Taiwán, en Hong-Kong, en Tailandia, en Sri Lanka... Pero no viaja nunca como turista, por placer personal, sino que ha emprendido estos grandes viajes en su edad madura con el objetivo preciso de proseguir su trabajo y de ampliar su campo de aplicación. Respondiendo a veces, muy raramente, a invitaciones para participar en congresos interreligiosos, ha escogido recorrer la tierra entera para meditar en los sitios privilegiados de la historia espiritual de la humanidad, para descifrar, gracias a esa forma de conocimiento que es el desdoblamiento, las líneas de fuerza esenciales del pasado de la humanidad: Carnac, Stonehenge, Delfos, Patmos, Ghiizeh, Balbek, Benarés, Ajanta, Srinagar, Kyoto...

Ha conocido grandes personalidades religiosas e incluso ha querido participar en sus actividades: conversación con grandes cabalistas en Safed, estancia en un templo de monjes budistas zen cerca de Tokyo. En la India ha visitado numerosos ashrams, en los que, por todas partes, fue reconocido como Maestro, a pesar de que él mismo se presentaba como un simple visitante. Guarda el mejor recuerdo del ashram de Ramana Maharshi en Tiruvanmalai: los discípulos de Ramana Maharshi le amaron instantáneamente y le ofrecieron hospitalidad en la habitación misma de su bien amado y venerado Maestro. Al conocer a Mâ Ananda Moyï, nuestro Maestro se alegró de esta manifestación de la Madre Divina. Cuando vivía solo, retirado cerca de Almora, el Maharaj Nimkaroli Babadji le envió a

uno de sus discípulos para anunciarle su visita: pasaron varios días juntos. Babadji había sido prevenido de la presencia de nuestro Maestro por su propia clarividencia y decidió verle...

Pero los lugares que más gustan al Maestro para residir la mayor parte del tiempo durante sus viajes son los lugares inhabitados, inviolados, en donde la naturaleza ha permanecido intacta, vibrante: las montañas, los bordes de los océanos (Atlántico, Pacífico, Índico), las islas, los desiertos. No se retira en la soledad porque experimente una necesidad personal de hacerlo, sino porque encuentra en la pureza de la atmósfera y en el silencio de estos lugares las mejores condiciones para entrar en relación con entidades invisibles muy elevadas: invocando su ayuda, penetra, despeja, abre caminos espirituales hacia la luz, el amor divino, la fraternidad y la paz para todos los hombres de todos los países. En el transcurso de sus viajes, en todos los lugares por donde pasa, el Maestro envía a través de este océano entérico en el cual estamos sumergidos, mensajes de fe y de ánimos que durante siglos continuarán irradiando. Con un deseo ardiente de salvar a la humanidad de la desesperación y de los peligros mortales que la acechan, la prepara en secreto para soportar todas las tribulaciones y para triunfar del mal y de la destrucción. Le enseña a no recibir, y a no propagar más que las ondas luminosas y armoniosas, a fin de que el Reino de Dios se realice lo más pronto posible sobre la tierra. Pronto, cuando hayan borrado sus odios homicidas, sus divisiones y sus fronteras todos los hombres cantarán en una celeste armonía, y reconciliados, unidos, trabajarán con amor, con inteligencia y de forma desinteresada.

II parte

El gran movimiento espiritual de la Fraternidad Blanca Universal nació en los albores del siglo XX, en una tierra desgarrada por sangrientos combates: Bulgaria se estaba liberando dolorosamente después de cinco siglos de dominación otomana.

Los países balcánicos, que siempre estuvieron unidos contra los turcos, se dividen cuando llega el momento de deslindar sus respectivos territorios liberados, y la situación se vuelve explosiva en las zonas limítrofes, en donde se mezclan distintas nacionalidades. Las fronteras no son estables, avanzan y retroceden, sus límites son ambiguos, variables: un

habitante de estas regiones nunca sabe a qué país pertenecerá al día siguiente.

Las grandes potencias, por su parte, vigilan celosamente esta parte de Europa e intervienen directa o indirectamente en la evolución de los acontecimientos. Divididas en dos bloques: Tríplice (Alemania - Imperio Austro-húngaro - Italia) y la Triple Alianza (Inglaterra - Francia - Rusia), persiguen independientemente en cada bloque intereses divergentes, utilizando los Balcanes para sus fines.

Podemos imaginarnos lo mucho que se avivan las rivalidades y cómo se complican los conflictos políticos e ideológicos internos en un país como Bulgaria, donde se enfrentan los conservadores, los nacionalistas liberales, la Unión agraria y el partido socialdemócrata, que se convertirá más tarde en el socialismo de derechas, frente al socialismo de izquierdas, el futuro partido comunista búlgaro, el B.K.P. En cuanto a la monarquía búlgara, su función está mal definida: bajo la presión de las potencias extranjeras más que las del pueblo, soporta formas de poder contradictorias que instalan una administración a la cual el ciudadano búlgaro se muestra hostil por tradición, porque le recuerda el yugo otomano.

Dentro de este medio siglo demasiado extenso (1878-1940) de inseguridad y de violencia, los golpes de Estado, los levantamientos armados imprevistos, las insurrecciones improvisadas seguidas de duras represiones, desgarran la vida interna del país, y Bulgaria, en conflicto incesante con los Rumanos, los Serbios, los Macedonios, los Turcos y los Griegos ... con todos esos pueblos que tan pronto se convierten en aliados como en adversarios, aún se verá obligada, por el juego de las grandes potencias, a tomar parte en las dos guerras mundiales.

A pesar de todas esas pruebas la fe cristiana del pueblo búlgaro sigue siendo intensa: ¿acaso su fervor religioso no ha conservado su identidad nacional durante cinco siglos? Es cierto que en la historia de los Balcanes hubo casos en que cristianos, para escapar a los ultrajes, a la miseria o a la muerte, se convirtieron al Islam y abjuraron inmediatamente, y también lo es que hubo musulmanes que hicieron lo contrario. Pero el acontecimiento dominante de su pasado religioso, que los búlgaros relatan siempre con orgullo, es la trágica epopeya del movimiento bogomilo que contribuyó en

este país más que en ningún otro a reforzar y depurar un cristianismo vacilante.

Veintidós años después de la liberación nacional de 1878, en medio de la confusión, se levanta un hombre que llama a la Fraternidad con su gran fe, su extraordinaria radiación, su bondad y su fuerza de carácter. Los búlgaros empiezan a amarle apasionadamente y a seguirle con valentía. Se trata de Peter Deunov. Miles y miles de personas irán a verle, a escucharle, en cualquier lugar, en cualquier momento, a pesar de las dificultades: la nieve, el frío, las tempestades... Peter Deunov, desde 1864 hasta 1944 sufre y soporta con su pueblo las cinco últimas grandes guerras de la historia búlgara. A partir de 1901, recorre el país, da conferencias en pueblos y ciudades, llamando a aquellas almas que, como la suya, sientan este anhelo irresistible hacia la unidad, más allá de las divisiones políticas, económicas y religiosas. Cada año reúne a todos aquellos que han respondido a su llamada, que cada vez son más, y organiza un congreso donde trata de demostrar que es posible que el anarquista y el legalista, el monárquico y el demócrata, el comunista y el burgués, reconozcan una única exigencia de justicia: que el Ruso, el Turco, el Griego, el Serbio, el Macedonio, el Búlgaro, el Rumano... el judío, el musulmán, el ortodoxo, el católico... vivan juntos y se amen. Idealmente, muy lejos, en lo alto, todos los hombres son hermanos; y en la tierra, incluso en un país de rencor, de odio y de venganza, también pueden serlo.

¿Les fascinaba con la música de su violín? Componía melodías tan puras, que al oírlas el alma no se siente limitada y percibe que pertenece al infinito. Al atardecer, alrededor del fuego, o durante el día en el campamento de verano de los siete lagos de Rila, sus discípulos interpretaban a coro esta música, improvisando a menudo la letra y el acompañamiento. También concibió una danza, que se entronca con las danzas sagradas: la paneuritmia. La ejecutaban formando una inmensa rueda cerca de los lagos de Baldere-Darou o de Mahabour. Esta danza describe mediante un encadenamiento armonioso de gestos simples el despertar de la naturaleza en primavera, al mismo tiempo que el despertar del espíritu y las fases simbólicas de su crecimiento hasta su perfecto desarrollo.

La filosofía de Peter Deunov se sumerge en la tradición cristiana: la ortodoxa y la protestante. Hijo de un pope, en 1888 recibió de los

protestantes una beca de estudios y partió para los Estados Unidos a estudiar teología y medicina. Pero su inspiración la extrae de la raíz de su ser: muy reservado, amaba la soledad, las largas meditaciones, el recogimiento prolongado; desde muy joven siempre tuvo percepciones del mundo sublime. Fue empujado entonces a apartarse de las religiones establecidas, las cuales por su propia institución mantenían la separación entre los hombres, mientras que el contacto con lo divino une de forma indisoluble las criaturas en su alma y en su espíritu. En 1915, fue acusado de hereje por un tribunal de obispos ortodoxos celosos de su influencia sobre el pueblo, instigados por Fernando I, rey de Bulgaria, a quien acababa de reprochar su apoyo militar a los alemanes; los protestantes tampoco le sostuvieron, sino que más bien se alegraron al ver que pagaba su ingratitud hacia ellos. Fue exiliado a Varna. Desde 1919 pudo reemprender sus actividades, a pesar de las burlas y de los disgustos de todo tipo, que llegaron incluso hasta los golpes y las heridas. A su muerte el número de discípulos era superior al de católicos romanos y protestantes juntos: ,eran más de cuarenta mil, de forma que todavía en 1980 se cuenta que los Búlgaros, a pesar de 40 años de comunismo, en más de un diez por ciento se sienten en su alma deunovistas.

En Sofía, en el jardín público más hermoso que rodea la embajada soviética y la embajada japonesa, se encuentra su tumba, objeto constante de visitas y de rezos. Si hasta su muerte, en diciembre de 1944, su movimiento nunca fue inquietado por el partido comunista, se debió, según se dice, a que antes de su exilio en



1923, Georgiu Dimitrov, uno de los fundadores del BKP, (Partido Comunista) fue socorrido, escondido y protegido más de una vez por Peter Deunov, fiel a su ideal elevado de Fraternidad Blanca Universal.

¿Por qué bautizó así su movimiento? La Fraternidad Blanca Universal es la unión de todos los espíritus vivos en la bondad, la justicia, el amor, la sabiduría y la verdad al servicio del Principio Sublime: Dios. Su

sede no está en la tierra, en éste o en aquel pueblo, sino en todas partes donde las almas sienten que pertenecen a esta inmensa familia, a la vez divina y humana. «Todos los genios de la humanidad, todos los santos, los adeptos, los sabios, los escritores, los hombres de Estado que contribuyen al desarrollo de la humanidad en cualquier esfera, son servidores de la gran Fraternidad Blanca Universal. Esta escoge los hombres más avanzados de la humanidad y les prepara para la tarea espiritual que deben realizar entre sus hermanos. » Con este nombre, Peter Deunov mostraba abiertamente que hay que superar la corriente «roja» de una revolución materialista y la corriente «negra» del nihilismo, de la violencia y la destrucción. Se opuso también a la idea egoísta de la salvación particular. Su concepción de Cristo lo subraya. «El Cristo es el conjunto de todos los hijos de Dios cuyas almas y corazones se desbordan de amor y de vida. Todos los hijos reunidos en uno, todas estas almas superiores que pertenecen a mundos inteligentes que viven en la unión divina, forman el Cristo. »

Previendo que cuando desapareciese su movimiento se dispersaría, se disolvería (en 1982, el derecho de reunión de más de siete miembros aún estaba prohibida), confió la continuación de su obra a un discípulo: «el hermano Mikhael», al que envió a Francia en 1937.

* * *

El hermano Mikhaël permaneció en Francia durante veintidós años, (1937-1959) y después hizo un viaje de un año a la India: desde marzo de 1959 hasta febrero de 1960. Cuando volvió a París, los que habían conocido a Peter Deunov derramaron lágrimas de emoción: les parecía tener ante ellos el rostro de Peter Deunov.(Cuando regresó de la India, llevaba barba) Sin embargo nada predisponía al hermano Mikhaël a este parecido: ni su carácter, ni su temperamento, ni la estructura de su rostro, nada. Diríase que alcanzó aquello que ningún discípulo se había atrevido a intentar: identificarse con su Maestro, convertirse en él, pero asumiendo su propia identidad. En efecto, Peter Deunov, en sus relaciones con sus discípulos era más bien frío, distante, muy parco en palabras; Mikhaël es cálido, accesible, generoso. Peter Deunov desarrollaba un fervor místico y una reflexión moral, Mikhaël anima al estudio científico del fenómeno religioso: experiencias del alma y poderes del espíritu. Peter Deunov educaba a sus discípulos con rudeza, con dureza, templando su carácter en el heroísmo. Mikhaël entusiasma, exalta, deja creer que el camino hacia

Dios es fácil, y da calor a cada discípulo con las brasas de su corazón, en el que habita un gentío inmenso. Peter Deunov graba en el alma de sus discípulos la imagen del Padre y del Maestro, Mikhaël es el Amigo.

Cuando vuelve de la India, lleva el nombre «**Omraam Mikhael Aïvanhov**». Había sido reconocido Maestro por los Maestros de la India: Maharajj Nimcaroli Babadji 1, el lama Anagarika Govinda 2, Nityananda Maharaj3, y por otros4. Espontáneamente sus antiguos discípulos, así como los nuevos que llegaron, le llamaron Maestro. Maestro, incuestionablemente lo es, pero en su comportamiento sigue siendo un discípulo. El es el Maestro-Discípulo, el Discípulo-Maestro. El es el Amigo, el amigo de los jóvenes, el amigo de los viejos, el amigo de todos: el amigo acogedor, accesible, el amigo exigente que protege y defiende en nosotros la chispa divina hasta que se convierte en una brasa que ningún sople puede apagar. Encarna el Dios-Amigo, escondido, y sin embargo obrando en el lado más secreto de cada criatura.

1 Le invitó a pasar algún tiempo en su templo de Nainital, en su propia habitación, donde, generalmente, no permitía penetrar a nadie.

2 Encuentro en Almora. Autor de varios libros sobre la doctrina tibetana.

3 Encuentro en su ashram cerca de Bombay.

4 Encontró una vez por los caminos de la India a un mendigo y otra vez a un grupo de tres peregrinos que, sin presentarse, pronunciaron su nombre: «Omraam», le hicieron unas revelaciones breves y extrañas, le dieron su bendición y luego desaparecieron.

« ¿Sabéis quién soy?» preguntó un día ante un grupo numeroso. Había subido el tono, su voz se había elevado y se esperaba con estupor alguna revelación grave y sublime sobre sus reencarnaciones, su misión: «Yo soy... (su voz se suavizó)... ¡un poste indicador, yo os señalo el camino hacia el sol!» La sorpresa fue general. Y aún añadió «... o si lo preferís, un buzón: pues en mí depositáis vuestras cartas para el Cielo.» La carcajada fue unánime. Pero no añadió lo que hacía con esas cartas, cómo las hacía llegar a su destino. Se limitó a hablar de su función de buzón y no de su función de constructor, de transmisor. Quizás se habían reído demasiado pronto.

A pesar de ser un Maestro, jamás ha pedido que se concentren exclusivamente en él. Devuelve a cada discípulo a sí mismo, a su Maestro interno o a alguien superior a él: a Melquisedec*, * En la tradición judeo-cristiana, y Markandé en la tradición hindú.) El Maestro de Maestros, y al Sol, símbolo de la trinidad divina. En su papel de Maestro no quiere formar escuela, no quiere

crear una escuela que lleve su nombre e instaure una nueva división en el ámbito ideológico. El espíritu de la Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal se opone a ello. El espíritu de esta Enseñanza quiere por el contrario liberar al hombre de ese espíritu dogmático que es en realidad el de todas las religiones, en la medida en que éstas mantienen la separabilidad. Le gusta tomar como ejemplo al biólogo que se interesa en el comportamiento de las abejas: le basta introducir un tabique que divida en dos la colmena para que se cree un clima de agresividad tal que aquéllas terminan por combatirse con una saña asesina.

Cada religión honra a su fundador, lo cual es útil, necesario, pero un fundador digno de ese nombre, se refiere siempre a aquéllos que le aventajan. Jesús, llamado por san Pablo: «Sacerdote del Altísimo según la orden de Melquisedec», no pidió que se le tomara como ejemplo, sino que dijo: ¡Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto! » Ningún texto sagrado dice: «Sed como Gautama Buda, o como Moisés, o como Jesucristo, o como Zoroastro, o como Mahoma... No, todos dicen: ¡ Sed como Dios! Y es en este aspecto ilimitado del sendero espiritual donde los hombres pueden encontrarse, comprenderse y unirse.

Omraam Mikhaël Aïvanhov, a pesar de ser Maestro, se considera un discípulo, para no traicionar este principio de perfección que le convierte en Maestro, al cual sirve con un desinterés total. Jesús había dicho: «Las cosas que yo hago vosotros también las haréis, e incluso las superaréis.» Un verdadero Maestro escoge a sus discípulos para que hagan lo mismo que él e incluso le superen, prosiguiendo su obra a través del tiempo. La experiencia produce un enriquecimiento que se transmite de Maestro a Maestro, y aunque sea dolorosa, libera. Y a pesar de que no vengán enseguida discípulos muy evolucionados, el Maestro deja en su Enseñanza y en los estratos etéricos de la tierra todo aquello que precisarán más adelante, cuando despierten: no se les impondrá ningún límite, solamente el amor, la inteligencia y el poder para alcanzar la cumbre.

Un verdadero Maestro no dice: «No hay nada más que yo», sino que nos muestra, nos prueba, nos empuja a reconocer que no hay nada más que Dios. El Maestro eleva la conciencia de los discípulos, no les obliga a detenerse en él, les levanta hasta Dios. Consagra todas sus fuerzas, todo su tiempo a este fatigoso trabajo, lo cual se traduce en sus gestos, en sus

palabras y en su silencio. Este sacrificio amoroso sin límite es su propio alimento.

Leyendo el gran libro de la naturaleza viviente, Omraam Mikhaël Aïvanhov descifra el sacrificio de los Iniciados, que también es el suyo: «Los océanos representan el corazón de la naturaleza. La naturaleza ofrece su corazón, lo expone al sol y dice: «Mi Señor, yo Te doy mi corazón, mi sangre. Sírvelo de él como Te parezca para que las plantas, los animales y los hombres puedan vivir en la abundancia». El sol toma una parte de esta sangre, la eleva, la llena de dones espirituales, y a su vuelta todos los seres se benefician y se alegran por ello. El Iniciado repite en sí mismo este don del océano al sol. Dios le dice: «Hijo mío, dame tu corazón». Y él responde: «Dios mío, yo Te lo doy», y abre su corazón ante el Creador. Esta oración ardiente, este sacrificio realizado en él es parecido al que se produce en la naturaleza. Gracias a la sublimación de su amor, de su sangre, el Iniciado encuentra al sol, al mismo Dios, y este encuentro le enriquece con nuevas y divinas esencias que se comunican a todo su ser, y a través de él, a toda la humanidad. »

Un día, el Maestro nos habló de una carta que un hermano o una hermana le habían enviado. De hecho no era una carta lo que acababa de recibir, sino una especie de bofetada. Se le decía: «¡ Pero usted no tiene necesidad de un Maestro, usted ya es un Maestro! ¿Por qué quiere seguir trabajando? Usted ya ha llegado ... » Estalló de indignación ante tanta ignorancia de lo que es la vida espiritual, tanta estrechez, tanto fanatismo escondido bajo el halago y la mentira. «Aunque fuese un Maestro, aunque me convirtiera en el más grande de todos, tendría el mismo respeto, la misma estima, el mismo amor por todos los Maestros... y siempre tendré necesidad de un Maestro. Le buscaré en el más allá. Yo soy así. Está inscrito en mis células. Si no tengo un Maestro, no soy nada: un Maestro me estimula, un Maestro me une al Cielo ...¡ Tengo un Maestro y un día se manifestará! »

Cuando, a los diecisiete años, Mikhaël encontró a Peter Deunov, se sintió inmensamente feliz: tuvo la impresión de que gracias a su Maestro, su cabeza y su corazón se henchían con todos los tesoros del universo. Su Maestro encarnaba el Amor, la Sabiduría la Verdad, la Trinidad Divina, comunicándole un anhelo tal hacia la perfección que se sintió rico,

fabulosamente rico, como si poseyera todos los tesoros del Cielo y de la tierra. Tenía una necesidad real de consagrar sus energías a un ideal inalcanzable, inaccesible. Su visión del Maestro le permitió entonces movilizar todas las energías, armonizarlas, unificarlas para ponerlas al servicio de su reflexión y de su trabajo espiritual. Externa e internamente, sólo tenía un deseo: verle, mirarle, contemplarle, oírle, escucharle, amarle, servirle, fundirse con él, identificarse con él para comunicar a los demás este ardor divino. Jamás pensó que su Maestro quisiera extravíarle, esclavizarle; sino que, por el contrario, se sentía elevado, iluminado, liberado. ¿Por qué le habría de explotar? Lo poseía todo. ¿Acaso no le nutría con los alimentos más sutiles? ¿Acaso no le transportaba hasta las cimas más luminosas, no le exaltaba con músicas de extraordinaria armonía?...

Cuando el Maestro Peter Deunov daba sus conferencias, Mikhaël estaba de pie en el fondo de la sala repleta. Consciente, vigilante, se ejercitaba en vibrar al unísono con todo lo que emanaba de divino de las palabras y los gestos de su Maestro. No tomaba notas, pero inmediatamente después de terminada la conferencia, andaba solo durante largo tiempo, recordando cada idea, cada frase con su propia vibración y el ambiente que creaban. Impregnaba aún más profundamente las células de su cerebro y todo su cuerpo de esos mensajes de los mundos superiores: adivinaba poco a poco qué experiencias interiores revelan las verdades más lejanas y procuran una inalterable convicción. De vuelta a casa, ampliaba estos estados mediante sus meditaciones, las cuales le proyectaban muy alto, hasta el manantial creador. Entonces sí, había escuchado verdaderamente la conferencia de su Maestro y se había conmovido todo su ser. Era su método de trabajo. Jamás evocaba a su Maestro cuando estaba triste o se sentía descontento. Sólo le evocaba en su pensamiento cuando sentía una explosión de alegría, de luz, extendiéndose por toda la tierra e incluso más allá. Entonces, reunía sus corrientes interiores y las concentraba en su Maestro para vede, a él, en la más pura claridad, en el amor incandescente, en el poder regenerador Envolvía a su Maestro con todas las luces, con todos los colores, y él mismo, llevando este esplendor a su corazón, se convertía en él: pensaba como él, sentía como él, actuaba como él. Y a través de él, sentía la presencia de los Maestros, de todos los Maestros, y del Maestro que está por encima de todos los Maestros ... Amaba a su Maestro para aprender a amar a Dios.

Omraam Mikhaël Aïvanhov no sugiere jamás a las personas que van hacia él que sea su Maestro. Les da libertad de pensar en él, de sentirle, de quererle. De esta manera el discípulo se desarrolla con fervor y entusiasmo, en libertad. Si el Maestro se impusiera diciendo: «Yo soy vuestro Maestro», equivaldría a utilizar los medios externos de la publicidad o de la propaganda, y a despojar de su carácter espiritual el lazo entre el Maestro y el discípulo. El discípulo tendría ante sí a un jefe despótico, dominador. No necesita nada de lo que hay en la tierra: su riqueza, que recibe del Cielo, es tal que por nada del mundo querría perderla imponiéndose. Ocupando un lugar elevado en el alma del discípulo (porque el discípulo necesita de él para no dispersarse, perderse, deteniéndose en el camino de la evolución), el Maestro es como la cima de la montaña sagrada, coronada de brumas. Gracias a sus pensamientos, el discípulo envía una cuerda invisible de oro y tira desde abajo, tira con todo su ser para elevarse y recorrer poco a poco la distancia que le separa del Maestro. De esta forma el discípulo se desarrolla, se refuerza y se ilumina. «Avanzaré, Señor, en la luz de Tu Faz »

Pasaron varios años después de su vuelta de la India, donde había probado que trabajando sobre la vibración de las células se puede cambiar la materia del propio cuerpo, de suerte que sus discípulos le confundieron con el Maestro Peter Deunov, aunque no se le parece. El no había buscado este resultado físico, sino que fue suficiente una total comunión de ideales para que se produjera; son nuestros pensamientos y nuestros sentimientos los que orientan el trabajo de nuestras células y elaboran nuestra expresión y nuestras formas. Pero él no podía limitarse a este logro. Guiado por el único Maestro que preside en todas las Iniciaciones, en su acontecer esencial interior y exterior, su vida reproducía las pruebas fundamentales de los Maestros de la humanidad que le habían precedido, porque para llegar más lejos, un nuevo Maestro debe asumir el pasado y el áspero sabor de una incuestionable victoria extrayendo de ello las fuerzas vivas para poner en marcha el futuro. Entonces comunicó: «He dejado de tomar como ideal incluso a los más grandes Maestros de la humanidad. Ávido, deseoso de algo más, he tomado el sol como modelo. Y quiero ser como él. Os lo digo sinceramente. Pensaréis: «¡Pero es imposible!» Sí, lo sé perfectamente, por ahora es imposible, pero por lo menos, un día resultará posible. Por lo menos algunas partículas del sol se fijarán en alguna parte de mí... Nadie en la tierra puede igualar al sol, por su luz, su calor y su vida. Los grandes Maestros están limitados en la tierra: el cuerpo físico se

les resiste; cada día deben purificarlo, cada día deben trabajar para impregnarlo de calor y de luz para que vibre perfectamente a los mensajes del espíritu. Y no dura mucho tiempo; todos los elementos de que está formado se disocian rápidamente ... Mientras que al sol, le he visto beber el elixir de la vida inmortal... Sí, le encontré bebiendo en una taberna.»

Le gusta presentar las verdades más sublimes de forma tan desacostumbrada que todos se extrañan: muchos se apartan, mientras otros acuden, cansados de tantas teorías ampulosas y huecas ... Su manera sencilla y divertida muestra claramente que estas verdades se han convertido en su propia sustancia. Pero, ¿por qué el sol?

Andando por el camino de la evolución el hombre debe aumentar su capacidad de comprensión: su inteligencia, su capacidad de amar y de dar: su amor, y por fin su capacidad de crear: su poder. El hombre es una trinidad, a imagen de Dios: intelecto, corazón y voluntad; pero esta trinidad aún no está santificada ... Llegará a estado si el hombre orienta todas sus actividades hacia el bien colectivo, hacia la Fraternidad. Así pues el sol realmente es el mejor modelo. Es el ejemplo de la inteligencia que proyecta la luz, que ilumina, que amplía el horizonte, convirtiéndolo todo en algo fácil y seguro; es el modelo de amor que da su calor profusamente, sin preocuparse de si las criaturas que se benefician de ello lo merecen y lo agradecen; él es el modelo del verdadero poder que crea la vida. En el sol está inscrito todo el futuro de la humanidad.

Aunque el ser humano se mantiene en vida comunicando con el universo, alimentándose del elemento sólido, bebiendo y respirando, es decir absorbiendo el elemento líquido y el elemento aéreo, aún no ha aprendido a alimentarse conscientemente del elemento ígneo, mediante el cual desarrollará su resistencia psíquica y sus facultades espirituales. El Surya-yoga, el yoga del sol, que el Maestro Mikhaél Aïvanhov ha expuesto en centenares de conferencias, es la verdadera comunión, la verdadera misa. El sacrificio de Cristo se celebra cada día en la naturaleza, es el sacrificio del sol que da su luz, su calor y su vida para que todas las criaturas sigan viviendo en la abundancia. Pero muy pocos son capaces de beneficiarse de este sacrificio al no saber comunicarse espiritualmente con el cuerpo y la sangre de Cristo, con el verdadero pan y el verdadero vino: el amor y la luz, alimentos del alma y del espíritu.

En la época de su exilio en Varna, en 1917, Peter Deunov encontró por primera vez a su joven discípulo Mikhaël, de diecisiete años. Su alma ya había despertado, encendida por el fuego sagrado, e interrogaba a su Maestro sobre las cuestiones esenciales: «¿Cuál es el medio más eficaz para unirse a Dios y desarrollar las facultades y las virtudes espirituales? - Hay que pensar en la luz, respondió Peter Deunov, concentrarse en ella, imaginarse que todo el universo está sumergido en la luz». Así pues, antes de la salida del sol, iba a un gran parque que bordea el Mar Negro, y esperaba el momento en que, al eclipsarse la noche, el horizonte se inunda de una luz inmensa que progresa del rojo al rosa, al naranja, al oro, anunciando la llegada del Rey del mundo, el sol. Aprendió a beber esta luz, a comer este fuego, a estremecerse con este espectáculo y a participar en el nacimiento del día. Aprendió a ver que todas las criaturas, todos los objetos, e incluso las piedras, se bañan en la luz, emanan esa luz. Desde este centro viviente, el sol, sentía a través del resplandor de la luz como se alejaban los espíritus en todas direcciones para alimentar a los seres vivos. En sus conferencias, años más tarde, comparará a los rayos del sol con pequeños vagones cargados de víveres gratuitos.

Ciertamente el sol no es Dios, pero es su símbolo concreto, la imagen visible más elevada para los habitantes de la tierra. En la historia de las religiones, los humanos consideraron sucesivamente a las piedras, los árboles, los animales, y luego a los hombres como representantes y receptáculos de la Divinidad. Pero estas reservas de energía divina eran algo limitado porque pertenecían al mundo sublunar, terrestre, y su desaparición se producía de forma brutal y desgarradora. Además, reivindicaba su propiedad un clan, una tribu, una ciudad, un pueblo o una raza. Para liberar a los hombres de estas limitaciones históricas, para eximirles de la atracción terrestre y unir la tierra al cielo en un matrimonio ininterrumpido de creación y de fecundación en la realización de una eterna primavera, el sol realiza perfectamente para todas las criaturas esta función de médium divino, y su lenguaje se entiende en todo el globo.

«¿A qué se debe el que la tierra se cubra en primavera de una vegetación tan hermosa y tan coloreada: las hierbas, las flores, los árboles y los frutos, mientras que en invierno se vuelve estéril, fea y permanece desnuda? Se debe a que en aquella época del año, está durante más tiempo expuesta a los rayos del sol, recibiendo de él ciertos elementos que es

incapaz de producir por sí misma. Una vez ha recibido estos elementos contenidos en la luz y el calor del sol, se pone a trabajar y produce «obras maestras» extraordinarias, frutos de colores, azucarados y perfumados que ofrece a todas las criaturas. De la misma manera, si el hombre quiere producir obras importantes, también debe encontrar un sol, un ser más poderoso e inteligente que él, para unirse e intercambiar energías. Ahora comprendéis por qué vamos por la mañana a contemplar el sol: para aprender a crear obras que se le parezcan, obras vivificantes, nuevas, límpidas, llenas de luz y de calor. Y aún debemos ir más lejos que el sol, hasta Dios, para unimos a Él, porque intercambiando energías con el Señor, llegamos a ser creadores como El. Esta es la razón de ser de la oración, de la meditación y de la contemplación. »

Durante este período de exilio de su Maestro en Varna, cuando Mikhael abandonaba a disgusto sus meditaciones matinales al borde del mar resplandeciente, encontraba a Peter Deunov, que por fin podía salir del hotel donde permanecía vigilado e ir a contemplar el sol. Se saludaban, se respetaban, se miraban con ternura, uniendo todos sus esfuerzos para abrir a la humanidad a la nueva era de una cultura solar. Después de su vuelta a Sofía, en 1920, Peter Deunov dio a toda la Fraternidad de Bulgaria los ejercicios espirituales a realizar ante el sol naciente, desde el equinoccio de primavera hasta el equinoccio de otoño. Desde su llegada a Francia en 1937, Omraam Mikhaël Aïvanhov los enseña a sus discípulos y aconseja que se hagan durante todo el año, si el tiempo lo permite. El mismo asiste regularmente todos los días a la salida del sol.

La civilización futura será una civilización solar. Todo tipo de energía utilizada por nuestras técnicas no es más que el resultado de una actividad mil en aria del sol sobre la tierra: el carbón, el petróleo, etc... La economía y la industria dependen del sol. Pero ahora hay que ir más lejos. Para nuestra salud, y sobre todo para nuestro progreso espiritual, debemos aprender a mirar el sol, a absorber sus rayos, a abrimos a él, a sumergimos y a vivir en él, para parecernos a él, y de esta forma realizaremos el Reino de Dios sobre la tierra.

«Todo el mundo sabe, incluso los niños, que el sol hace brotar las semillas. Pero no lo han comprendido verdaderamente, porque si lo hubiesen comprendido, buscarían el sol espiritual para exponerse más y más a sus rayos de sabiduría y de amor haciendo germinar lo que Dios

depositó en ellos como virtudes, talentos y capacidades. Necesitamos un sol espiritual, no solamente un sol físico, y gracias a este sol, los ríos fluirán, los pájaros cantarán, los árboles florecerán y darán sus frutos. El que quiera realizar el Reino de Dios en la tierra puede, también él, convertirse en un sol entre los hombres, y cuando su inteligencia empieza a irradiar, a iluminar a los demás, a guiarles por la senda de la gloria divina, cuando de él salen colores luminosos, cuando su corazón es una brasa de amor, cuando, por donde pasa, anima, resucita y vivifica los seres e incluso las plantas y las rocas, entonces se convierte en algo invulnerable, infatigable e inagotable para el bien de todo el mundo. »

Ciertamente Omraam Mikhaël Aïvanhov no ha revelado enteramente las razones que le han llevado a escoger el sol como Maestro. Algunos discípulos han visto como su cuerpo irradiaba e iluminaba el jardín en el que se encontraban con él en una noche invernal, al atardecer. Ocurrió en diciembre de 1974, cerca de un pueblecito de los Pirineos. En los primeros meses del año 1982, durante su segunda estancia en la India, encontró a un Maestro hindú, Madrassi Baba, clarividente y sanador, el cual le llamó «Rishi solar». Poseyendo un ashram en Calcuta, frecuentado por numerosos discípulos, quiso confiarle su dirección, estimando que de todos los grandes Maestros que había encontrado en la India y en los Himalayas en donde él residió varios años investigando distintas especies de plantas, él era el más grande. Tener al sol por Maestro, como lo ha querido Omraam Mikhaël Aïvanhov, es pues elevarse más allá de todos los Maestros encarnados en la tierra, es ir más allá de las leyes de la propia encarnación.

El sol es un Maestro, y como tal responde a todas las cuestiones que se le presentan sobre el nacimiento, la muerte, la reencarnación, el amor, la belleza, la vida eterna ... A semejanza de un Maestro da la respuesta con la oleada de vida que fluye de él, en sus manifestaciones fundamentales. El trabajo del discípulo consiste en descifrar estas manifestaciones. Y para descifrarlas debe sumergirse en un estado anímico tan sutil que esta acción de descifrar ya es una inscripción de su lectura sobre sí mismo, una realización en sí mismo de la solución al problema de la vida que sometía al sol.

El Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov posee una amplia cultura, y siempre está al corriente de los progresos de la ciencia y de los acontecimientos internacionales. Pero conserva ante todo el conocimiento

de lo esencial. Este conocimiento inscrito en el gran libro de la naturaleza viviente concierne a todos los procesos de la vida: cómo comer alimentando todos los cuerpos, cómo amar, cómo traer niños al mundo y educarles, cómo mirar vivificándolo todo, cómo andar, cómo dormir, cómo unirse a las fuerzas bienhechoras de la naturaleza, cómo proyectar la pureza, la luz y el amor para despertar las conciencias del mundo celestial... A este saber se le llama la Ciencia iniciática, porque son los Iniciados quienes nos la han legado.

Gracias al desarrollo de los órganos de los sentidos que permiten acceder a los mundos espirituales, los Iniciados han podido conocer la estructura del universo, el esplendor del hombre y su porvenir según los planes de la Inteligencia cósmica. La Ciencia iniciática reúne todas las verdades y los métodos que tienen como fin conducir al hombre hacia la perfección. Este saber es ante todo una práctica: he ahí por qué desde que se lo posee, se está obligado a transformarse, a mejorarse. El Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov nunca nos ha revelado todas sus experiencias internas, nos ha dicho simplemente que si había recibido la orden de dar una enseñanza y de realizar un determinado trabajo, se debía a que desde mucho tiempo atrás (en esta vida y en las anteriores), el Cielo le había preparado. Incluso antes de descender a la tierra, se había comprometido a ejecutar una tarea inmensa y gloriosa. Su Maestro Peter Deunov le recordó a los treinta años que antes de encarnar, había firmado un «contrato» ante los Señores del Karma, que el Apocalipsis llama los Veinticuatro Ancianos, y la Cábala los Aralim .

Un Maestro es elegido por el Cielo. Por eso los discípulos sienten que las puertas del Cielo se abren cuando se unen a su Maestro. Gracias a esta presencia, experimentan la realidad próxima y activa del mundo superior, y las palabras: Dios, Padre Celestial, Madre Divina, Principio crítico o Principio búdico, Alma, Espíritu, Entidades Celestiales, Ángeles, Arcángeles... no se presentan únicamente como términos del lenguaje religioso y teológico, sino que adquieren un significado extraordinario, aportando una comprensión distinta y emociones que varían hasta el infinito, porque la vida del Maestro es su soporte y su reflejo en la tierra. El Maestro no ha trabajado en otra cosa más que en esto, y todo lo ha conseguido a través de su desinterés.

El desinterés es la virtud solar por excelencia. ¡Se trabaja por trabajar, se ama por amar, se ilumina por iluminar, se da por dar! El sol primeramente ha iluminado la tierra, la ha calentado, la ha vivificado: no ha esperado que ésta le dé algo a cambio. Es así como después de millones de años, bombardeada por millones y millones de fotones, la tierra ha evolucionado. El Maestro actúa de la misma manera: sólo piensa en iluminar a los humanos, en enviarles su amor, en purificar la atmósfera espiritual polucionada por las miasmas de sus pasiones y de sus deseos; crea vías de comunicación desde la tierra hasta el Cielo, desde las regiones inferiores de la conciencia hasta las regiones superiores de la supra conciencia. He ahí por qué alrededor del Maestro resulta más fácil comunicar con corrientes luminosas y sutiles que tranquilizan, consuelan, y también susurran palabras de bendición, palabras de curación, palabras que explican los acontecimientos y el sentido de la vida.

El Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov vive perennemente en las regiones superiores para acotar la distancia entre lo alto y lo bajo, entre el Cielo y la tierra. Su desinterés es tal que se borra a sí mismo, con lo cual desaparece la distancia entre lo alto y lo bajo, los dos polos de la conciencia, y deja que los discípulos crean que son ellos mismos quienes conquistan las alturas por sus propios esfuerzos. El discípulo no es plenamente consciente de que su progreso espiritual es el resultado del sacrificio de un ser más evolucionado que desciende para tenderle la mano y llevárselo hacia las alturas.

En la elevación de su ser hacia la contemplación y la fusión con el punto sublime, el Maestro manifiesta su desinterés, arrastrando a las almas con su estela. Nunca acomete esta ascensión en solitario. En la tradición esotérica se dice que cada vez, antes de sumergirse en sus meditaciones y en especial antes de partir para el gran Viaje, los Iniciados prometen a sus adeptos que cuando los Arcángeles les muestren la felicidad del Cielo, rechazarán paladearla obligándose a descender a la tierra. Pero cada vez que llegan al umbral del paraíso, se sienten tan deslumbrados por el esplendor de la faz del Señor, que a pesar de sus promesas, se olvidan de los que han dejado y por ello el Reino de Dios todavía no ha descendido hasta los hombres. Lejos de perpetuar este olvido de la tierra cuando se eleva hacia el Cielo, parece como si el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov hubiese encontrado el medio de fusionarse con el principio de

Amor, de Luz, de Vida, y al mismo tiempo de hacerle descender sobre la tierra, de irradiarlo a través de él hacia todo lo que le rodea. ¿Por qué? El no realiza nada únicamente para sí mismo. Tiene el desinterés de su elevación, arrastra a todo el mundo; tiene el desinterés de su encarnación, irradia a todo el mundo. Se ha encargado de conducir a la humanidad a la conciencia solar. La meditación, la iluminación no es una huída. Su alma al alcanzar la incandescencia, produce una irradiación, un chispazo que se proyecta sobre toda la humanidad. El discípulo que ha contemplado una sola vez el aura del Maestro se siente arrebatado por su esplendor: ve millares de lenguas de fuego de distintas tonalidades partir en todas direcciones y estas llamas, como granos germinativos, hacen nacer lo divino en las almas humanas. El poder del espíritu del Maestro alcanza incluso a las almas de los difuntos.

Pero tanto si se dan cuenta como si no de que su presencia provoca mutaciones en las conciencias humanas, el desinterés del Maestro es tal que le permite mantenerse sosegado. Prosigue su trabajo sin desanimarse. El desinterés es el antídoto radical contra el desánimo. La era de Acuario es su era: vierte sobre la tierra la superabundancia de su luz y de su amor. A veces se adivina que algunas de esas verdades han sido descubiertas a través del sufrimiento (sus manos, sus rodillas, su pecho se ensangrentaron cuando escalaba unos picos muy abruptos) y en el momento que transmite estas verdades, nadie duda que él ha debido librar una dura batalla. En efecto, los combates contra los espíritus infernales son terribles. La ignorancia humana, su desorden interno, sus malsanos deseos atraen a estos espíritus, los cuales se asientan en aquéllos, sugiriéndoles comportamientos deplorables y regalándose con sus emanaciones más impuras. Y nadie duda que el trabajo de purificación llevado a cabo por el Maestro provoca en los humanos terribles y crueles reacciones de las cuales él es la víctima: injurias, injusticias, acusaciones, calumnias... Pero, por ser alquimista, sabe transformar el mal en el crisol de su silencio. Un día dirá simplemente: «Se han tirado tantas piedras en mi jardín que me he convertido en alguien inmensamente rico, pues sé transformadas en piedras preciosas. Y ahora, os las distribuyo para que os enriquezcáis, para que os reforcéis y os liberéis. »

A veces los discípulos quedan verdaderamente sorprendidos de que el Maestro no experimente personalmente los sufrimientos que se le infligen, aunque afecten dolorosamente a su cuerpo físico, porque llega a

no existir por sí mismo, forma parte del gran Todo que le ilumina, con el cual se identifica, protegiéndole y defendiéndole. La vida universal le absorbe en su seno y le coloca en la tierra el tiempo suficiente para que deposite en ella una vez más una señal celeste: una perla, una verdad, un método. Aquí está: «Si no morís no viviréis.» «Morir significa fundirse en el infinito para ceder el sitio al Señor a fin de que sea Él quien venga a reinar en vosotros. Mientras no queráis ceder el sitio a un ser superior, al Señor, seguiréis siendo vulnerables, temerosos, miedosos, desgraciados. No existe otra religión más elevada que la del sacrificio: aceptar morir para vivir, para vivir otra vida que la vuestra, para vivir la vida de Dios. Habéis querido desaparecer pero no solamente no habéis desaparecido, sino que sois más grandes que antes. Este es el verdadero heroísmo. Los verdaderos héroes son aquellos que no temen desaparecer para ser reemplazados por la Divinidad. Os daré un ejercicio. Imaginaos que subís, y al mismo tiempo que subís os expandís en el espacio infinito, os diluís en el Alma universal y desaparecéis sin temor, sin miedo. Aunque os parezca que no tenéis conciencia de vosotros mismos, no debéis inquietaros. Y al mismo tiempo que os disolvéis en el espacio, pensáis que el Espíritu divino descende sobre vosotros, que se asienta en vosotros para trabajar ahí, y es él quien habla, quien actúa, quien se manifestó. No os inquietéis por lo que pueda ocurrir, siempre seréis vosotros mismos, a pesar de no serlo; no perderéis vuestra verdadera identidad. »

Para obtener resultados en la vida espiritual que transformen la faz de la tierra, el Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov abre un nuevo camino, el sendero de la Fraternidad Blanca Universal. La Fraternidad no puede existir sin la virtud heroica y solar del desinterés. Así la manifestación de la fraternidad es la manifestación superior de la conciencia impersonal, que comprende a cada ser en su unión real con el Principio supremo, Dios, y en la comunidad de todas las criaturas. La fraternidad, que aporta la conciencia de la vida universal, combate la conciencia de la separatividad. En efecto, mientras mantengamos la idea de la separatividad, la idea de que somos seres separados, extraños a los demás, que los otros no somos nosotros y que podemos hacerles daño impunemente, lesionarles, despedazarles, es completamente imposible que realicemos la comunicación con las regiones superiores de la conciencia, con nuestro Yo superior, nuestra entidad divina que vive en la felicidad, en la libertad ilimitada, junto a Dios.

La fraternidad no es una frase publicitaria ideológica para una arenga política o religiosa, una palabra hueca destinada a embaucar a unos cuantos para abusar de su confianza. Tampoco es un sueño agradable de tipo sentimental para personas perezosas que huyen de los problemas y se imaginan que los amigos que están a su servicio les tienen que mimar y halagar. La fraternidad sólo existe en la práctica de la vida fraternal: comienza cuando los hombres, sin tener que reunirse - como deben hacerla en el trabajo social para socorrer las necesidades económicas de una sociedad - se reúnen para rezar juntos, para meditar juntos, para cantar juntos y para comer juntos. Esta vida colectiva con fines desinteresados les obliga a esforzarse, a desarrollar su fuerza de carácter, pero sobre todo a ensanchar su conciencia hasta el punto de sentir que lo que le ocurre a uno, afecta a todos los demás, y si hieren a alguien, se hacen daño a sí mismos.

La Enseñanza de la Fraternidad Blanca Universal tiene por misión el disipar las ilusiones que nos ciegan, porque estamos hundidos en la materia, y la mayor ilusión consiste en creer que estamos limitados, separados: limitados a nuestro cuerpo físico, por lo tanto separados los unos de los otros y separados de la Divinidad. Una vez disipada esta ilusión, el Reino de Dios descenderá sobre la tierra.

Por todas partes donde la fraternidad se abre camino, aporta la paz, porque hace que todo el mundo comprenda lo absurdas que son las fronteras, lo crueles que son las guerras. Omraam Mikhaël Aïvanhov nació en enero de 1900 en un pueblecito de Macedonia, en Serbzy. Todavía no había cumplido siete años cuando vio su pueblo completamente quemado por los griegos, y a todos los habitantes fusilados, asesinados o muertos en el incendio; aquellos que pudieron escapar, como él y su familia, se salvaron pasando el día, la noche y la mañana del día siguiente escondidos en las aguas del río a algunos metros del pueblo. En esta época, Macedonia se encontraba todavía en parte bajo el yugo turco, pero se sentía búlgara, lo cual dio lugar a la formación de grupos terroristas sin afiliación y a la creación de organizaciones revolucionarias como la VMRO (Organización Revolucionaria de Macedonia y de Andrinopla, que desencadenó en agosto de 1903 la insurrección de San Elías que abrasó durante cerca de tres meses Macedonia y Tracia ...) y más tarde la ORIM, muy violenta en su irredentismo. Y en nuestros días este pueblecito que alberga a los serbios, pertenece a Yugoslavia. ¿Qué se gana realmente batiéndose por un pedazo

de tierra? El vértigo de la posesión, ¿ciega hasta tal punto a los hombres que no ven que los seres se van, segados prematuramente, y que la tierra permanece virgen, intacta, libre de cualquier frontera, lo cual no es más que una invención humana, una convención asesina? A pesar de que sea invisible en el territorio, cada frontera nos sugiere el panorama de un inmenso cementerio.

La fraternidad no destruye ni las familias, ni las Iglesias, ni los partidos políticos, ni los países, ni las naciones o las razas. Son las familias, las Iglesias, los partidos políticos, los países y las razas los que se destruyen entre sí, buscando triunfar de los demás hasta la exterminación. La fraternidad tiene como finalidad unirlos, conectándolos a todos en un ideal más elevado. La fraternidad aporta todos los métodos para rebasar el espíritu sectario que se extiende por todas partes. Resultado de una conciencia personal hipertrofiada, el espíritu sectario niega la verdad a los demás, rehúsa el amor, rechaza la inteligencia y les priva de libertad; patrimonio de un Estado, frustra los bienes de primera necesidad; patrimonio de una religión, cree poder confiscar la Divinidad. A través de una violencia más o menos disfrazada, el espíritu sectario intenta convencer de que es el único con legitimidad para poseer esos bienes y para poder dispensarlos. El espíritu sectario intolerante, acusador, calumniador, divide indefinidamente la comunidad humana, la debilita, la asesina, la mata. La fraternidad por el contrario hace que estallen todas las divisiones en un movimiento interior de superación personal hacia lo universal. El espíritu fraternal no limita, sino que libera y expande, no acusa, sino que ayuda a transformar el mal. No divide si no que une, no asesina sino que cura, no mata sino que vivifica.

La fraternidad sólo existirá en la tierra si es blanca y universal. Ello quiere decir que se precisa para cada cual un trabajo previo sobre sí mismo, un desprendimiento de las tendencias ego céntricas que colocan barreras por todas partes, separaciones que conducen a la muerte. Aunque los hombres son todos hermanos de derecho, en la práctica cada uno de nosotros carecemos del sentido innato de fraternidad. En principio un hombre no es un hermano para los demás, pero puede llegar a serlo. Este trabajo sobre sí para convertirse en hermano ya es un trabajo para la colectividad. Porque al buscar el bien general, aprendiendo a vislumbrar todos los problemas desde un punto de vista universal, cada cual encuentra su justa participación.

Tanto los individuos como los Estados se engañan a sí mismos sobre su verdadero interés cuando persiguen únicamente sus intereses particulares; porque, tarde o temprano, todos aquellos que están insatisfechos, los olvidados, los abandonados, pondrán en peligro sus bienes, su felicidad, su libertad y su seguridad. Cambiándose a sí mismo, cada individuo transforma las relaciones que le unen a los demás; y una vez transformadas las relaciones humanas, todo el mundo cambia.

La Ciencia iniciática, por su conocimiento profundo de los procesos de la vida individual y social, propone a los humanos la idea de fraternidad, porque la idea de fraternidad va más lejos que la idea de democracia. La idea de fraternidad evita e incluso resuelve las contradicciones del espíritu democrático. Efectivamente, la democracia se basa en una paradoja: por una parte se funda en la idea de la igualdad entre los hombres y por otra parte en la idea de una relación de fuerzas que se precisa que existan entre gobernantes y gobernados. En lugar de suprimir la relación de fuerzas entre los individuos que se consideran previamente iguales en derechos, unos se convierten en maestros de los demás, estimando los defensores de la democracia que la relación de fuerzas es justa cuando está regulada por la regla del sufragio universal y, preferentemente, cuando se ejerce sucesivamente, por turno. Pero no se cambia la naturaleza de un poder abusivo por el simple hecho de que por turno cada cual sea capaz de mantener a los demás en la esclavitud. Un poder esclaviza cuando es ejercido por un igual sobre sus iguales, pero no cuando lo ejerce un ser más elevado que los demás en la manifestación desinteresada de sus cualidades y facultades; su poder entonces libera. Un genio en la música, en la pintura, en la literatura no nos esclaviza en absoluto; su poder ensancha nuestra conciencia, enriquece nuestra percepción. En las relaciones sociales que regula la política, ocurriría lo mismo si el poder se basara en la fraternidad como principio regulador de las conductas y criterios de derecho.

Justicia, libertad e igualdad son tres nociones necesariamente fundadas en la idea de fraternidad. Sin la fraternidad, estas tres nociones se destruyen.

La justicia, invocada en todos los movimientos revolucionarios, está basada en la reciprocidad y la igualdad de derechos. Pero cuando se logran reivindicar estos derechos jamás obtenidos y siempre inciertos, la justicia clama venganza y conduce al enfrentamiento. A la justicia, se opone la

injusticia. Pero de hecho, precisa el Maestro, existen dos injusticias. Una es privativa: frustra ciertos bienes y prerrogativas a los que tienen derecho a ellos. La otra es sinónimo de amor: da a los que no lo merecen simplemente porque lo necesitan. La fraternidad se manifiesta, pues, como la injusticia por excelencia, en la cual está contenido el criterio de lo justo: es puro desinterés que distribuye a los que lo necesitan porque respeta su dignidad. Es la injusticia justa que une y apiña a los hombres, mientras que la otra justicia, a pesar de que su espíritu es justo, les divide y les lleva a la masacre a través de interminables reglamentos. La idea de fraternidad es la que en el transcurso de los siglos ha hecho avanzar las sociedades hacia un derecho imparcial y menos cruel. La justicia sin fraternidad es imposible.

La libertad rechaza la igualdad por reciprocidad, ya que al desear manifestarse tanto como yo, el otro siempre me estorbará en el ejercicio de mi libertad. Así, sin el criterio de lo fraternal, la libertad expresa siempre su grandeza y su decadencia con la libre competencia y la ley de la jungla, tanto en el ámbito económico como en el sexual, en el afectivo como en el intelectual.

La igualdad sin fraternidad conduce al inmovilismo y a la mediocridad. En una sociedad igualitaria, ¿por qué esforzarse? Se os echará en cara que queréis dejar atrás a los demás. Mientras que en la fraternidad se os pide que os adelantéis a vosotros mismos para sostener a los demás, para iluminarles y unirles. En consecuencia la igualdad no se logra más que cuando los hombres se ayudan entre sí con un espíritu fraternal, cuando intercambian libremente sus riquezas materiales y espirituales, haciendo cada uno que los demás se beneficien de sus propias fuerzas y de sus cualidades. Sólo la fraternidad transforma las desigualdades, asegurando a la sociedad una vida y un dinamismo gracias a los distintos intercambios, fundados en la correcta distribución y en la solidaridad.

El criterio de lo justo en la justicia, de lo libre en la libertad, de lo igual en la igualdad, del cambio radical en la revolución, lo aporta la idea de fraternidad.

El Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov considera la realización de la idea de fraternidad como el ideal más sublime, lo cual no le impide presentaría algunas veces humorísticamente. El humor en él refuerza un pensamiento esencial, una preocupación fundamental despojándolo de su

carácter rígido, demasiado grave y austero, para lograr que todos participen en él. «Veo, dice, que el lema de las mujeres es: Belleza, belleza, ¡ésta es su gran preocupación! Pero mi lema es: Fraternidad, fraternidad, ¡ésta es mi gran preocupación!» Y es verdad, el Maestro ha llegado a encarnar totalmente la idea de fraternidad. Por lo demás una verdad para él no es totalmente cierta si sólo es un ente del pensamiento, debe serlo también del sentimiento y de la carne. Una verdad debe manifestarse en los tres planos para llegar a ser una realidad plena.

En consecuencia la idea de fraternidad debe encontrar y seguir el proceso que le dará realidad en cada uno de nosotros y concreción a nuestro alrededor. Así, aunque esta idea atañe a la colectividad, no hay que extrañarse de que el Maestro la considere primeramente no como una idea que se deba realizar fuera del ser humano, sino como una idea que se genera en la vida espiritual de cada uno de nosotros. De la misma manera, introduce conceptos políticos tales como la democracia, la aristocracia, la sinarquía, en la vida concreta individual.

Algunas tendencias en nosotros son aristocráticas: se manifiestan en la actividad de las células del cerebro que quieren saber para controlar, dominar, enseñar, dirigir; otras tendencias son democráticas, como las células que trabajan en nuestras funciones orgánicas como la digestión, la circulación, la eliminación ... Aristocracia y democracia, cada cual tornada por separado, posee un estatuto privilegiado, un poder absoluto, porque ambos tienen poder sobre la vida y la muerte del organismo. Cuando el hombre no se controla, es decir cuando su aristocracia desfallece, las enfermedades nerviosas descompensan su organismo. Y cuando su pueblo se da cuenta que lo maltratan, que no le alimentan, que está poco protegido, que está sobrecargado ... hace huelga, se rebela. ¿Por qué oponer democracia y aristocracia, si ambos se ocupan conjuntamente del mantenimiento de la vida? Si al hombre se le priva de uno de ellos, está perdido.

La reunión de ambos poderes, aristocracia y democracia, conduce a un tercer poder: la sinarquía, que significa un poder (arkhé) en el que se concuerdan (syn) aristocracia y democracia. Este poder es de esencia jerárquica, es decir espiritual y sagrada. A este orden sinárquico en el interior del ser humano, el Maestro lo presenta así: puesto que el hombre ha conquistado sobre el animal la verticalidad física, debe ahora asumir la

verticalidad psicológica y espiritual, llamando, para dirigida, a su propia élite interior, su «aristocracia», es decir a las entidades superiores de su conciencia.

«Lo que ocurre en nosotros es una imagen exacta de lo que sucede en la sociedad: se observan las mismas revoluciones, los mismos trastornos, los mismos cambios de situación. ¡Cuántos reyes que no estuvieron a la altura de su cometido fueron derrocados por sus vasallos! ... La jerarquía es necesaria en el interior de cada ser humano: la aristocracia está en la cabeza y la democracia en el estómago ... ambos son necesarios, pero si colocamos a uno en el lugar del otro, tarde o temprano se producirá el desastre. La solución está en que todas las criaturas pidan al Cielo que les envíe esta aristocracia a su cabeza para ser instruidos, guiados, iluminados, porque de esta manera la aristocracia ejecutará su trabajo en el bienestar, la alegría y la plenitud. »

Para el Maestro el hombre debe llegar a introducir este principio sinárquico hasta el reino de sus propias células que son como habitáculos o pequeñas almas inteligentes, obedientes, que viven en la armonía. He ahí cómo habla de este pueblo de células: «¡Si conocierais la inmensidad de este pueblo, estaríais tan orgullosos! Se trata de millares y millares de criaturas, una población superior a la de toda la tierra. Y os diré incluso que existen Iniciados que han logrado educar, reforzar y hacer evolucionar de forma tal a las entidades que moran en ellos, que éstas son capaces de ejecutar trabajos externos, de ayudar, consolar, curar amigos, discípulos. Sí, estas entidades toman la apariencia del Iniciado que les ayuda. Pero no es real, e incluso puede suceder que el Iniciado sea el último en saber que ha hecho algo para tal o cual persona. Sí, por su trabajo inteligente, consciente, un ser puede reforzar de tal manera a ciertas entidades que moran en él, darles tantas posibilidades, que aunque él sea incapaz de visitar al mundo entero, gracias a estas entidades puede ir por todas partes a iluminar a las criaturas y preparar la llegada del Reino de Dios.» Exponiendo a sus discípulos cómo eliminar la limitación de las posibilidades humanas, el Maestro les oculta que esta victoria es su victoria.

En la Escuela iniciática formada alrededor de su Enseñanza, el Maestro también ha introducido el principio sinárquico. Ciertamente explica que el contenido y el mensaje de su palabra depende de la

receptividad, del respeto y de la confianza de los discípulos: un Maestro es solidario de sus discípulos en su poder de revelación, como los discípulos lo son de su Maestro. Sin embargo esta ley de interdependencia conduciría progresivamente al estancamiento, si el Maestro no estuviese poderosamente unido al mundo superior del que todo depende y ante el cual debe responder de su inspiración y del desinterés de su trabajo. Debido a que está enlazada continuamente a la fuente inalterable de Amor, de Luz y de Vida que derrama sobre los hombres, existe una Fraternidad alrededor de un Maestro.

Vienen a vede hombres, mujeres y niños de los cinco continentes: cada cual tiene su propio color, su propio idioma, sus creencias religiosas, sus ideas políticas, su opinión sobre los pobres y los ricos... En la vida social cotidiana, todos estos seres se ignorarían o se enfrentarían; aquí, se llaman entre sí «hermano» y «hermana», aprenden a comprenderse, a amarse, a vivir en armonía. Las divisiones que la historia ha creado entre los hombres a través de los siglos se revelan fluctuantes, y se basan en una visión demasiado superficial de la realidad.

Abandonada a su suerte, la mayoría de la gente se siente interiormente desnuda: no tienen ese anhelo, esa amplitud, esa generosidad, ese entusiasmo, esa superabundancia de amor. No se les ha enseñado desde su juventud a levantar la cabeza para ver que la luz viene de lo alto, a alimentarse de ella para alegrarse, a comprender los problemas de la vida, a desarrollar su fuerza de carácter experimentando la fuerza del espíritu. Necesitan sentirse arrastrados por algo que les rebase y les una. Este algo emana del propio Maestro, es su poder sagrado. Su poder sagrado es desinterés. Lo manifiesta en presencia de sus discípulos en el recogimiento y el silencio, lo manifiesta a través de su palabra. Cuando habla, su verbo no contiene la menor traza de un poder dominante que interiorice y culpabilice. Por el contrario, al tratar las grandes leyes de la vida fraterna, sus palabras crean inmediatamente un medio armonioso en el que se tejen delicados lazos fraternales entre el auditorio. Escuchando atentamente sus conferencias, cada cual puede descubrir el fundamento de la vida fraterna en las necesidades de su alma y el despertar en sí mismo de los poderes de su espíritu. La palabra del Maestro inspira y enseña al mismo tiempo; sugiere experiencias interiores, viajes, exploraciones inusitadas hacia

regiones misteriosas y enseña cómo crear el porvenir que deseamos en toda su maravillosa dimensión.

El Maestro puede satisfacer a todos los seres, porque sabe tocar su fibra más íntima y remontarles hasta un punto en que se les revela el mundo divino. Recorre por ellos esta distancia, les enseña a recorrerla, y sabe esperarles en lo más íntimo de su ser, de acuerdo a sus necesidades. Un alma bajo su mirada se siente unida a todas las almas y descubre su sitio, único e irreemplazable, en el corazón de Dios. Su poder sagrado no despoja, sino que refuerza, sacia la sed, alimenta, ilumina, dando a cada uno las llaves que abren la puerta del mundo en el que se vuelve a nacer.

El Maestro brilla como el sol que inunda la tierra: su radiación nos convierte a todos en uno y a uno en todos, nos inunda de luz y de fuerza, de amor universal y de belleza, para que la fraternidad por fin se realice en la tierra.

Revisado en Pascua de 1982.



Centre OMRAAM

*Institut Solve et Coagula
Reus*

www.omraam.es

Primer Centro

*De difusión de la obra
Del Maestro OMRAAM
En lengua Española*